

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA ■ HISTORIA ■ CIENCIAS ■ ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 y 6.—VALLADOLID

DE CLUNIA A INTERCACIA

según el itinerario de Antonino

I.—EL MILIARIO DE TORDÓMAR

De todos los caminos incluidos en el *Itinerario de Antonino*, ninguno ha suscitado tantas dificultades, originado tantas dudas, ni dado lugar a tantas confusiones como el denominado «De Astorga a Zaragoza por la Cantabria».

En la variedad de las lecciones que los distintos copiantes dan, para este camino, no sólo se encuentran diferentes distancias para unas mismas mansiones, y falta de coincidencia entre la suma de las distancias parciales y la total (caso que por lo frecuente nada tendría de extraordinario) sino otras singularidades que no concurren en las demás vías para dificultar notablemente la reducción de sus mansiones a la geografía actual.

Así, todos los códices, menos uno, omiten la distancia que separaba a *Rauda* de *Clunia*, mencionándola muchos como una sola mansión, *Rauda-Cluniam*, originando la duda de si lo era efectivamente y se trata de dos poblados inmediatos o si era *Rauda* una especie de sobrenombre de la Colonia *Sulpicia*, si es que no son realmente dos mansiones distintas.

Finalmente; no podía menos de llamar la atención el que ninguna de las mansiones que señala el camino, perteneciese a la Cantabria cuando taxativamente se expresaba que iba por ella.

Esta dificultad la resolvió ingeniosamente *Reynesio* y la siguieron *Weseling* y el *P. Florez* (*Discurso del T. 24* pág. 199).

suponiendo que los copiantes encontraron Celtiberia en abreviatura, Ctbr. y como tiene todas estas mismas consonantes escribieron Cantabria por equivocación.

Seguida desde entonces esta opinión corroborada por el sabio agustino, cuantos se ocuparon de esta vía indicaban que debía corregirse lo de Cantabria por Celtiberia, y hasta el insigne Saavedra (cuyo estudio detallado de parte del camino desde Uxama a Augustobriga le valió la honrosa y merecida distinción del premio en la Real Academia de la Historia), en su memoria descriptiva y en el plano que acompaña a su discurso de recepción, se acomoda a este trazado para la continuación del camino por el Duero adelante, por lo menos hasta Roa; para seguir luego a Palencia conservándose hasta Benavente en un paralelo aproximado.

No debía esto resolver las dificultades, por cuanto el ilustre Sr. Coello en su discurso de recepción en la misma Academia, reconoció años después que «de los treinta y cuatro caminos que comprende este interesante documento de la antigüedad (el Itinerario), y entre los cuales hay algunos trozos repetidos y otros que, en cambio, deben dividirse en varias secciones, sólo existen cuatro porciones cuyo trazado es muy dudoso; estas son: las de Clunia o Coruña del Conde a Astorga etc. «La parte verdaderamente dudosa, dice más adelante, es entre Roa y Benavente».

«El paso de este camino por Valladolid (pág. 27 discurso citado), está comprobado por una miliaria hallada cerca de Santovenia al Norte de dicha Capital, cuya colocación consta en un documento gráfico que poseo» (alude indudablemente al plano de la provincia de Valladolid, donde figura, en efecto, en los contornos de la Ciudad).

Con Pintia, Tela e Intercacia dentro de la provincia de Valladolid y esta miliaria cerca de la Capital, el paso de la vía por la Cantabria quedaba desechado definitivamente y tan arraigada y firme era esta convicción que no se decidió a contrariarla el sabio epigrafista P. Fidel Fita al dar cuenta de un miliario hallado en Tordómar, en la provincia de Burgos, (20 de Marzo de 1909 B. de la Academia de la Historia).

Desconocíamos la noticia y la inscripción cuando comenzamos el estudio de esta vía; al hallarlas, casi al mismo tiempo ambas, gustosos atribuimos al insigne arqueólogo la parte muy importante que le corresponde en el descubrimiento de la vía por la Cantabria como homenaje de respeto y por ser el primero que publicó el miliario, cuyas ligeras erratas (debidas a los

datos imperfectos que le fueron facilitados), nos permitimos subsanar. Dice así:

I M P. C A E S. D I V I
 T R A I A N I. P A R T H I C I. F
 D I V I. N E R V A E. N. T R A I A N V S
 H A D R I A N V S. A V G. P O N.
 M A X. T R I B. P O T. C O S. I I I
 R E F E C I T
 A C L V N I A, M. P. X X X I I I I I

Impe (rator) Caes (ar) Divi Traiani Parthici F (ilius) Divi Nervae N (epos) Traianvs Hadrianvs. Aug (ustus) Pon (tifex) Max (imus) Trib (unitiae) Pot (estatis) Co (n) s (ul) III refecit. A Clunia M (illia) P (assuum) XXXIII.

El emperador Cesar Trajano Hadriano Augusto, hijo del divino Trajano pártico nieto del divino Nerva; pontífice máximo con la potestad tribunicia (quince veces) consul por tercera vez. Padre de la Patria, lo rehizo. Desde Clunia treinta y cuatro millas.

El tercer consulado de Hadriano empezó en el año ciento diez y nueve y el ciento treinta y dos el décimo quinto de su tribunicia potestad; suponemos ésta supliéndola por otro miliario casi idéntico de Augustobriga también de este camino, que es de creer reharía todo al mismo tiempo.

Las treinta y cuatro millas señalan con exactitud la distancia actual del miliario a Clunia, lo que hace suponer que no ha sido transportado por hallarse aún sobre la vía, ni en el sentido de ésta ni normalmente a ella; a corroborarlo podría contribuir un segundo miliario de Nerva, pero sin distancias, que junto a él existe y el P. Fita también describe en el sitio citado (B. A. de la Historia.)

Sólo hay que añadir a lo expuesto por el sabio jesuita, que la columna fué cortada normalmente al eje en dos trozos iguales en longitud y que se utilizaron a manera de guarda-ruedas a la entrada S. del puente de Tordómar sobre el Arlanza; en una de las dos mitades quedó entera la inscripción. Por lo tanto la longitud o altura total fué de 2,60 y el radio de 0,35 metros. Las líneas son siete, el *parthici* se lee con toda claridad y el número de millas es de treinta y cuatro en lugar de veintinueve que suponía el sabio epigrafista, corrigiendo al Sr. Moral (Sobrestante de Obras Públicas), que le proporcionó el texto epigráfico; este último tomó una X por una V, y dejó de poner tres I, pues son cuatro en vez de una. (Veáse el grabado).

Insistimos en la distancia por ser esta para nosotros de capital interés, porque no sólo demuestra que el miliario está en *su sitio*, es decir, que es un punto fijo de la vía, sino que podemos afirmar que entre este punto y Clunia existe otra mansión de aquélla, pues las distancias mansionarias en las inmediaciones de la Colonia Sulpicia son menores que treinta y cuatro millas; aun podríamos generalizar para toda la vía esta afirmación, teniendo en cuenta las mansiones que no figuran explícitamente en el Itinerario.

Este miliario fué el fin del prólogo de nuestros trabajos, encaminados primeramente a buscar el paso de la vía cuya dirección supuesta de E O debía encontrar, entre otras corrientes de menor importancia, el Pisuerga que va en la Norte Sur. Encargado por nuestra profesión como Ingeniero de las carreteras de la parte NE de la provincia de Valladolid y de muchos trabajos en sus ríos, los reconocimos con atención, inquiriendo constantemente, convenciéndonos de que la vía, elevándose en dirección NO desde Clunia, llegaba a cruzar el Arlanza. El miliario fué una confirmación; tenía una vía a que atribuirlo y ésta una indicación segura de marcha a CLVNIA en un sentido; en el otro parecía, según los restos, doblar bruscamente al S, y así el Sr. Moral (quien nos facilitó atentamente el trabajo del P. Fita) creyó fuese a Segovia, pues *camino real a Segovia* se llama, y a Segovia va, por Rauda (Roa) pasa, y no parece haber ningún otro rastro.

No bastan las injurias del tiempo para imaginar tal destrozo; recordando los nombres de sus mansiones, que es como recordar la historia de España, desde Intercacia y Numancia a Calatañazor y San Esteban de Gormaz, pensar cómo quedaría tal camino tras las luchas de la reconquista. Debió desaparecer gastado por las herraduras de los caballos castellanos y leoneses.

Algo queda sin embargo para reconocer su existencia y reconstruir su trazado; queda algo en los autores antiguos, algo en los modernos y algo en el terreno; utilizaremos lo que convenga a nuestros fines, sin orden de preferencia, comenzando por el *Itinerario de Antonino*, según se denomina corrientemente a la obra que otros consideran del siglo cuarto y cuyos datos tomamos de Saavedra (Disc. recepción de la R. A. de la H. y «Vía romana entre Uxama y Augustobriga») que son, después del Itinerario, la guía más segura, en general, para todo lo que se refiere a vías romanas españolas.

II.—EL CAMINO NÚMERO 27 DEL ITINERARIO DE ANTONINO

Camino de Astorga por la Cantabria a Zaragoza

301 millas distribuidas de este modo

| | |
|---------------------------------|-------------------------|
| En Brigeo. . . . 40 | En Voluce. . . . 25 |
| En Intercacia. . . . 20 | En Numancia. . . . 25 |
| En Tela. . . . 22 | En Augustobriga. . . 23 |
| En Pincia. . . . 24 | En Turiaso. . . . 17 |
| ¹ En Rauda. . . . 11 | En Caravi. . . . 18 |
| A Clunia. . . . 26 | En Cesaraugusta. . . 37 |
| A Uxama. . . . 24 | |

Considerando la vía solo desde Astúrica a Clunia, vemos que las dos primeras mansiones son astures al parecer, las cuatro siguientes vacceas y la última arévaca; nada se nombra de Cantabria. Pero aun hay más: la distancia total en millas es 312, en kilómetros 468; hasta Clunia en millas 143, en kilómetros 214, aún menor que la distancia en recta medida sobre el plano, que es de 235. ¿Cómo es posible la vuelta por Brigeo si fuese ésta hacia Benavente?² Ni aun estando tal mansión en la recta a Astorga a Clunia, sería posible a no utilizarse parte de otra vía, y así se ha creído ser el Brigeo confusión con otra mansión de nombre algo semejante trastrocado en las copias.

La cosmografía que en el siglo VII escribió el anónimo autor godo conocido por el Ravenate, ilustra este camino, que se prolongaba por Equosera y Coughion hasta Belisarium, en cuyo nombre han querido algunos (Coello entre otros) ver desfigurado el Viminatium, defecto muy frecuente en el anónimo de Ravena.

Viminatium (cerca de Sahagún) y Coughion (Gozón) el uno probable y el otro seguro (según Fernández Guerra, «La Can-

¹ Un solo códice pone esta distancia mansionaria, omitiéndola los demás; otros escriben Rauda-cluniam, suprimiendo a continuación Clunia, y finalmente, algunos creen que Rauda es una mansión de otra vía, como ya hemos indicado anteriormente.

² El argumento subsiste aún, habiéndose empleado en este camino la milla de 1.666, metros como demostró el Sr. Blázquez, pues un trazado no es una recta ideal.

Conservamos a sabiendas la longitud de 1500 que facilita las reducciones, y sobre los planos corrientes compensa en cierto modo el tanto por ciento, variable con la topografía, que habría que añadir a la longitud en recta para obtener el desarrollo verdadero.

tabria») denotan que el camino seguía la dirección N O, que hemos indicado desde Clunia.

No queremos apoyarnos en Equosera, por ser el Ravenate el único autor que sepamos la menciona, y cuya situación se ha querido deducir del Sera o Xera (seco) sin que hasta la fecha se haya determinado positivamente su situación.

Aunque aficionados a los autores antiguos, por ahora no citamos a Estrabon y Ptolomeo, pues sabido es que carecen de exactitud para detalles y a veces introducen confusión; la traducción del primero por López es corriente, y en Flórez se encuentran las tablas de Tolomeo; por cierto que Pintia está al E de Rauda, confirmando lo que decimos e hicimos notar en otro trabajo análogo a éste, a propósito de la situación de Nemetobriga. Por el momento nos basta saber la dirección probable del camino y con ella por guía recorrerle comprobando o rectificando el trazado hipotético según lo exija el reconocimiento del terreno y los restos encontrados.

Para hacer más llevadero a los lectores este trabajo, entraremos desde luego en la descripción del trazado y de paso aduciremos los comprobantes, como si se tratara de un camino actual que hubiéramos encontrado construido, haciéndoles gracia de las muchas vueltas y tanteos que hicimos si bien nos han proporcionado la satisfacción de conocer una porción de detalles curiosos relativos a los antiguos pueblos de la región, compensación para nosotros grata.

III.—DESCRIPCIÓN DEL TRAZADO

Como las mansiones desde Clunia en adelante están perfectamente determinadas, vamos a partir de este punto siguiendo orden inverso del que en el itinerario aparece. Situada en el alto de Nuestra Señora de Castro, entre Peñalba de Castro y Coruña del Conde, conserva el teatro a la griega, aprovechando una pequeña vaguada, y las iglesias y casas de ambos pueblos son museos arqueológicos de sus restos; Loperráez describió sus ruinas, entonces mejor que hoy, conservadas. Es, pues, un punto fijo indiscutible, ya sancionado, y desde él hacia al N O, según el miliario, se contaban en ese trayecto las distancias.

En dirección O al principio llegaba la vía hasta Arauzo de Torre, en cuya iglesia se conserva, formando parte de la facha-

da S, donde hay también embutidos trozos de fustes de columna, al parecer románicos, la inscripción siguiente:

IN Δ HIS Δ PRAE
AVR Δ IVENTIANAE
PEGASI Δ B Δ B

La lápida, incompleta por la parte superior y lateral derecha, mide 2,10 por 0,50 metros de altura, y las letras 0,15 metros.

Al salir del pueblo cruza la vía el río Aranzuelo e inmediatamente se eleva en zigzag a la meseta, y entonces entramos en la parte mejor conservada, o mejor dicho, en la única que claramente se conserva; y en sus secciones, estructura, variedad de anchos etc., etc., exactamente igual al trozo descrito por Saavedra entre Uxama y Augustobriga.

Así pasa el Bañuelos 200 metros al S de la Granja de Valdequintana y llega hasta Caleruega, que queda a un kilómetro al N del cruce normal con la carretera de este pueblo a Valdearados.

Hasta aquí la vía no se ve: se sigue y se anda por ella; y como no es camino muy usado y el tráfico escaso ha derivado a veces por el pie de los terraplenes, a cambio de la erosión de éstos, es perfecta la conservación de la superficie y podría levantarse con exactitud un plano de detalle; después ya no ocurre lo mismo. Hasta aquí basta ver el camino para afirmar su existencia, luego hace falta saber que existe para verle después en el terreno.

Continúa, sin embargo; cerca de la Patria de Sto. Domingo de Guzmán cruza el Mobrejón, y por las cuestas de Valdeande llega a Pinilla de Trasmonte sobre el Esgueva, y desde allí por Cilleruelo de Arriba y Pineda de Trasmonte, cruzando el Gutima, asciende a los altos de Quintanilla de la Mata, atravesando la carretera de Lerma para caer en el Valle de Arlanza, y cruza este río con un magnífico puente de 22 arcos, obra de época más moderna, pero que en ciertas partes, principalmente en las bases de algunas pilas, demuestra no ser el que primitivamente prestó ese servicio.

Y ya estamos en el puente y en el miliario treinta y cuatro, cuya distancia por el camino que hemos traído desde Clunia es exacta; insistiremos en ello. Para cerciorarnos de que no nos hemos extraviado en él, veamos que el P. Fita (en el artículo citado) sospechaba en el puente Bahabón «miliarios ocultos parecidos al de Tordómar»; que el Sr. Saavedra (Discurso Art. Rauda) desecha la opinión del ingeniero Sr. Garrán

de que Rauda pudiera corresponder a Cilleruelo de Abajo, y finalmente el mismo Sr. Coello, en su plano de la provincia de Burgos, dibujaba y anotaba, y así figura en estos sitios, «vestigios de vía romana». Decimos esto, no para señalar errores de verdaderos sabios, a quienes debemos casi todo lo que se conoce en este asunto, sino para hacer ver la exactitud de nuestro trazado en primer lugar, y en segundo para demostrar lo arraigado de la opinión de que esta vía no iba hacia la Cantabria, confesando desde luego que nuestra ignorancia en esta cuestión era completa, y que al empezar este trabajo buscábamos sencillamente conocer y comprobar en detalle la opinión generalmente seguida y de la que no teníamos motivo para no participar.

Guiados hasta aquí por el miliario, dejamos atrás tan seguro norte para confiarnos al Anónimo de Ravena, siguiendo hacia Gozón, buscando especialmente el paso de los ríos; y tenemos la suerte de encontrarlos: en Villaverde de Mogina, sobre el Arlanzón, hay a menos de 100 metros del puente actual, restos de otro, el más antiguo de toda la región; y en Ilero de la Vega, otro tenido por romano enterrado hoy casi totalmente, pero fuera del curso del agua (que, en el transcurso de los años, abandonó su cauce antiguo), sobre el río Pisuerga. Este puente consta en el Itinerario del citado río publicado por la División Hidráulica del Duero el año 1879, que dice en el kilómetro 137 (cuatro kilómetros aguas abajo del pueblo de Ilero de la Vega), margen derecha del río Pisuerga: «Puente de fábrica ruinoso y derivado del río por efecto de las grandes avenidas».

En *Ponfitero*, que así se llamaba el poblado en el siglo·xii, existió un monasterio llamado Santa Eugenia, el cual cedió la abadesa del Moral en el año 1154, y en la parte que le correspondía al Monasterio de Ibeas (C.^{on} Dip.^{ca} del Moral, pág. 63).

En el siglo xiv se llamaba aún «La puente de Fitero», hoy solo queda la ermita de San Nicolás. Aparece mencionado en el Libro famoso de las Behetrías de D. Pedro I de Castilla y en algunos otros documentos.

Para explicarse la antigüedad del referido puente, que llegó a dar nombre al poblado, se le ha tomado como hecho para el paso de los peregrinos que del N de España y de toda Europa se dirigían a Santiago de Galicia (P. Daux. *Le Pélerinage a Compostelle*. París 1898); pero es evidente que éstos seguían (al menos los de aquella procedencia) el llamado camino francés, o sea el itinerario 32, cruzando por lo tanto el Pisuerga en el puente de Melgar de Fernamental. Advertiremos de pasada

que el otro Melgar de Yuso se llamó anteriormente de Itero (C.^{on} D.^{ca} S. Salvador, pág. 56).

Respecto del paso del camino por Villaverde de Mogina, parece probado por una carta de Alfonso VII fechada en Carrión en 29 de Enero de 1146, en que figura una Sta. María de Torre, «que está entre el camino y el río», y cerca de Villaverde (C.^{on} D.^{ca} del Salvador del Moral).

En el siglo xv quedaba reducido este poblado a un simple molino sobre el Arlanzón, no lejos de Villaverde de Mogina. (Dícelo así la carta de censo de 12 de Mayo de 1432).

De ello se deduce que el camino (que para ser citado como referencia de un pueblo debía ser un camino de importancia), era a no dudarlo nuestra vía, ya cerca de su paso sobre el Arlanzón; este camino, llamado sencillamente el *camino*, como por antonomasia, sería el principal o el más importante; y acaso tuviese, próximo ya al río, alguna torre defensiva colocada en lo alto de una ladera; al amparo de dicha defensa se estableció el pueblo *so la Torre* «y junto al camino y junto al río», como la carta dice, y de todas suertes próximo al paso más antiguo que se conoce sobre el Arlanza.

Desde Tordómar continuaba la vía por el S de Villahoz y Sta. María del Campo. En su vega se han encontrado restos de un camino empedrado, cuyos materiales hoy enterrados aún, extraen para aprovecharlos los labradores; nos han asegurado existir otro trozo semejante en lo alto de la divisoria, antes de llegar al puente de Villaverde de Mogina o Mongina.

Luego va al de Itero, ya mencionado, cruzando el Odra en Pedrosa del Príncipe. Pasado Itero por el Vallarna arriba, se utiliza el camino viejo para subir a Saldaña por las Cabañas, y continuando por el río dicho, entre Villaherreros y Villadiezma, encuentra a los caminos 1,32 y 34 del Itinerario, que, constituyendo uno solo, según Saavedra, pasaba por ambos pueblos. El trayecto utilizado desde Itero es a nuestro juicio la vía antigua que por Viminatium seguía a Astúrica, torciendo a la izquierda, y su prolongación no es otra que el camino señalado por los Sres. Fernández-Guerra y Coello en el mapa que acompaña a su trabajo sobre «La Cantabria» en el Boletín de la Sociedad geográfica, haciéndole arrancar de *Lacobriga*, y por Cougión y *Fontes Tamarici*, remontando el Carrión, llevan hacia el N hasta el mar en la desembocadura del Deva, en el punto medio de la costa que a los cántabros asignan los antiguos geógrafos; y de este modo explicado resulta más natural y lógica la salida de *Lacobriga*, o un punto próximo, del citado camino.

Se nos podrá objetar que así el Itinerario 27 no entra en la Cantabria; pero, aparte de que los límites de ésta no están bien definidos, ni mucho menos según las épocas de que se trate, el Itinerario no señala ninguna mansión en los cántabros, luego no debía entrar mucho en el país de éstos.

Además, si el camino, después de volver hacia Astorga, continuaba (según el Ravenate) por Cougión, y éste (según Fernández Guerra) aun estaba fuera de la Cantabria, claro es que el recorrido se hacía sin pasar por ella, siendo su epígrafe solamente un modo de expresar la línea que se utiliza para el viaje.

Si la continuación era antes de la vuelta hacia Astúrica, entonces ésta pudiera hacerse por el camino que según otros iba de Herrera de Pisuerga, donde existían los miliarios que copió Flórez (Esp. S.^a Tomo 5.^o) a Saldaña, y entonces el Viminatium sería hacia Relea, donde casualmente existe próximo un pueblo llamado Villarmienzo. Es de notar que en este recorrido se encuentran Bárcena (Bargiacis ?) Itero Seco (Equo sera ?) y Portillejo (Porta Augusta?).

Para resolver de plano la cuestión, sería preciso conocer cuál era el nombre verdadero con que debía figurar en el Itinerario 27 el discutido Brigeco, cuya situación cerca de Benavente es incompatible con el total de millas ya escaso de este camino, lo que hace necesario el aprovechamiento de otra vía.

De todas suertes, y aunque se discuta nuestro trazado, es innegable que los Sres. Coello y Guerra suponen uno que pasaba por Relea siguiendo hacia el N el Carrión, y que según todas las apariencias no es otra cosa que la continuación del nuestro (véase «La Cantabria»).

Aun cuando nuestro trazado resulta comprobado por los puentes dichos y es lógico el común sentir de que fuese subiendo hacia el N O, no dejaremos de aducir en su apoyo algunas observaciones.

1.^a Es la dirección natural de Clunia a Astúrica y la general del trazado que, de inclinarse, sería hacia el N buscando la Cantabria, y así se comprueba en la primera parte de lo hoy existente.

2.^a Por los nombres de las mansiones solamente ya se ve que pasaba desde los pelendones a los arevacos y de éstos a los vácceos.

3.^a Las coordenadas geográficas de las tablas tolemaicas no son, ya lo hemos dicho, indicio seguro para la fijación de un punto sobre el mapa, por los errores de que las copias ado-

lecan, y aun en las corregidas del mismo P. Flórez lo demuestran en los pueblos indubitados; pero cuando se refieren a un conjunto de pueblos, pueden suministrar indicaciones útiles, como nos ocurre en este caso.

En efecto, colocando las mansiones en el orden que seguimos, sustituyendo el Brigeco del Itinerario por el Belisarium del Ravenate, suponiéndole Viminatium, como cree Coello, o Bargiacis según otros, tendremos:

COORDENADAS GEOGRÁFICAS DE TOLOMEO

| | <u>Longitud</u> | <u>Latitud</u> |
|---------------------|-----------------|----------------|
| Clunia. | 11° | 42° |
| Rauda. | 9° 20' | 42° 30' |
| Pintia. | 10° 10' | 42° |
| Tela. | 9° 20' | 42° 40' |
| Intercatia. | 10° 15' | 43° 25' |
| Viminatium. | 11° | 43° 20' |
| Bargiacis. | 9° 45' | 43° 55' |

De ellas se deduce que el camino, oscilando a derecha e izquierda, desde el grado 42 sube a cerca del 44, haciendo algunos escalones, pero subiendo al fin; y esto aun prescindiendo de las dos últimas líneas sustitutivas del Brigeco y ateniéndonos sólo a las restantes.

Las desviaciones laterales, aunque no fan grandes como a primera vista parecen por estar referidos a los grados de Tolomeo $\frac{2}{3}$ menores que los nuestros, son sin duda debidas a errores (también los habría en las verticales) pero, sin corregirlas en cifra, la dirección del camino las subsana, llevándonos siempre al O en su proyección sobre el Ecuador, como debe llevarnos al N en proyección sobre el meridiano.

Finalmente, la mejor comprobación de una vía y al mismo tiempo su principal objetivo, debe ser la fijación de sus mansiones por el hallazgo de sus ruinas, que rara vez faltan en las inmediaciones del camino, aunque sean reducidas a trozos de piedra, ladrillo o teja romana, las cuales por el color se distinguen fácilmente entre los escombros o en el terreno y por la forma del reborde suelen conservar y presentar un ángulo diedro tan resistente como característico y conocido.

Estas ruinas nos indicarán las mansiones y ellas serán la mejor prueba que podamos presentar.

IV.—CLUNIA ¹

No vamos a hacer ni su descripción ni su historia. Suetonio y Plinio nos contarán si lo deseamos la historia del sacerdote de Júpiter, la del liberto y la de la mula: nosotros, después de contemplar extasiados su teatro, tenemos con él bastante para determinarla como punto fijo de la vía.

Los trabajos de Loperráez con su curioso plano de la ciudad, y más recientemente los del P. Naval y el Sr. Calvo, son interesantísimos; y este último afirma la existencia de un núcleo importante en la época neolítica, basado en los hallazgos de sus excavaciones recientes.

No bastándola, pues, con acuñar moneda, ser mansión y colonia romana, capital de convento jurídico, fin de la Celtiberia por su situación y cabeza por su importancia, pues ninguna gozó de la Celtiberia tantos privilegios en la Historia, se sale de ella como para demostrarnos su antiguo abolengo entrando en la oscuridad de la Prehistoria.

Era extraño que ciudad tan antigua e importante sólo se mencione en el cam.^o n.^o 27 del Itinerario, sobre todo siendo, como hacía observar muy afinadamente el Sr. Saavedra, cabeza de convento jurídico; por lo general en tales ciudades, varios caminos facilitaban el acceso de los pueblos que su demarcación abarcaba, y así tenía que ocurrir ahora, pues es sabido que en el Itinerario no estaban incluidas todas las vías del Imperio.

De esto, si nos vamos a ocupar, resumiendo lo que de observación propia y ajena conocemos acerca de las que concurrían a Clunia, empezando por el N y siguiendo el sentido directo de rotación.

Entre Arauzo de Miel y Sto. Domingo de Silos existe un trozo de vía con dirección N. No la hemos seguido, pero suponemos que debía cruzar el Arlanza y que a ella pertenecerá el miliario del Convento de S. Pedro de Arlanza (Hubner 4878) de que dió noticia el Sr. Saavedra y comentó el P. Fita (B. de la Academia de la Historia, T. XLVII).

¹ Clunia Liv. epit. 92 Sueton. Galba 9.

Clunia Celtiberiae finis Plin. III 27 It. p. 441, Rav. p. 311, 5.

Κλουνία Plutarc. Sertor. 9 Galva 6 Ptol. II 6, 55 cf. VIII 2 Dio XXXIX 54.

Clounioq (um), Clunia, Clunia Sul (picia) Nummi n. 77.

Cluniensis Plin. III 18. 26. Hübner C. I. L. 162 214. 818. 22.899. 937. 2390. 2780 2784. 2892. 4198. 4235. 5265. 5314. 5792. 5855. 6095 V 1158 VIII 2807.

Cornide, en las Memorias de la Academia de la Historia, tomo 3.º, publicó un plano de la Celtiberia con un camino de Briviesca a Atiliana (según él Quintanar de la Sierra). Sumando estos datos con el miliario de Arlanza y trozo dicho de Arauzo de Miel, no es difícil reconstituirle hasta Clunia; desde Briviesca en adelante es el núm. 34 del Itinerario y ya veremos luego que se prolonga hasta Termes utilizando parte del 27.

La parte comprendida entre Clunia y el Arlanza está llena de restos romanos, algunos de los cuales acaso procederían de aquella ciudad; pero el llamado Idolo de Carazo, conservado en Sto. Domingo de Silos, el desaparecido pueblo de Las Yeclas, que en la vida de aquel Santo se menciona, y otros muchos prueban lo poblado en todas épocas de aquel contorno, que daba paso hasta Clunia a los berones.

En un fragmento de T. Livio publicado por Giovenazo, se dice que Sertorio se apoderó del país de los berones, lo que por analogía de nombres nos hizo recordar una inscripción existente en la ermita de Santibañez, y que si mal no recordamos publicó el P. Ferofin. Dice así:

| | |
|----|--------------|
| | D. M. |
| | L. SERTORI |
| | O PATERN |
| | SERTORIA |
| 5 | SEPTUMI |
| | NA CONIV |
| | GI PIENTISI |
| | MO AN LX PO |
| | SVIT ET SIBI |
| 10 | AN XL |

No son solamente romanos los restos, sino ibéricos, y hasta existen algunas cavernas cuya exploración están llevando con éxito los PP. Benedictinos de aquel Monasterio; en su colección hemos tenido el gusto de admirar barros ibéricos y útiles de piedra con cuyos detalles creemos suficientemente encarecida la importancia de este camino, cuyo paso por Santibañez indicó también el P. Serrano (C.^{on} D.^{ca} Inf.^{do} de Covarrubias pág. 15).

El siguiente es el itinerario núm. 27 estudiado por Saavedra. Había otro que desde Uxama según él, y desde el puente romano de San Esteban de Gormaz, según el Sr. Rabal (España: sus monumentos, Prov.^a de Soria) pero indudablemente desde el núm. 27, se dirigía a Tiermes o Termancia; y que en opinión de

dicho señor, apoyada en datos que acompaña, continuaba hasta unirse con el llamado de la Plata.

Después venía el camino del Duero, que a lo largo de su cauce a uno y a otro lado tenía poblaciones importantes como Aranda, Roa, S. Martín de Rubiales (ibérica, según las trazas), Padilla de Duero y otras.

Acaso este camino no salía de Clunia directamente ni antes de Arauzo de Torre, como después el de Tordómar a Roa hacia el S, y el de Cilleruelo de Abajo al Esgueva; pero, sea como fuere, hacían el servicio en el cuadrante S O del convento jurídico cluniacense.

Para la parte N O sale de Clunia exclusivamente el que nos ha ocupado; ningún otro desempeñaba este cometido en esa zona y su necesidad es otra razón de su existencia.

V.—RAUDA ¹

Es la Rauda de Tolomeo y el Rodacis del Ravenate y otros escritores. En el Itinerario figura en el camino n.º 27. Saavedra, en su trabajo sobre las vías, en las variantes, llama la atención con la observación siguiente acerca de esta mansión: «Todos los códigos menos uno omiten este número».

Y, efectivamente, así ocurre; y entre Pintia y Clunia o Rauda-cluniam, según muchos autores, no hubo otra mansión.

Sin embargo la existencia de Rauda está comprobada por Tolomeo, que nos da las coordenadas geográficas; y su nombre, con ligeras variantes, se sigue sin interrupción en la Historia de España desde los Condes de Castilla hasta los tiempos del Empecinado y la guerra civil.

Destruída y reedificada varias veces durante la reconquista, testigo de algunos sucesos memorables más recientemente, ni la han olvidado nuestros cronicones ni dejan de mencionarla las historias modernas.

Las ruinas que citó Ceán (Ant. de Esp.) y otros descubrimientos romanos e ibéricos (B. de la A. de la H. L.º LII) hacen que hoy no se discuta la correspondencia de Rauda con Roa, la cual en tiempo del P. Flórez era de reducción opinable, pero en el T.º 5.º de su España sagrada decía así:

«Rauda suele reducirse a Aranda de Duero por la alusión (según creo) de la voz, pero más autorizable parece decir que

¹ Rauda II p. 450,5.

Rauda es la que hoy es Roa; no sólo por el vestigio de la voz, sino porque expresando la Población Rauda el documento citado por Weseling en el Itinerario de Antonino, vemos que aquel mismo suceso se explica en los Anales Castellanos por la voz Roa y tal vez Rauda como verán en los Anales Complutenses, en los Toledanos primeros y en las Memorias de Cardeña».

Por cierto que el nombre de Aranda (Arauda que indica el P. Fita) no deja de llamarnos la atención, juntamente con los de Arandilla y Aranzuelo de los ríos y Arauzo, tres veces repetido en otros tantos pueblos próximos a Clunia, como también lo están aquellas corrientes. (Véase Fernández Guerra, discurso citado).

Volviendo a nuestro objeto, resulta, pues, que Rauda (sea Roa o sea Aranda, o sea la que fuere de las dos) está en la margen del Duero y por lo tanto fuera del trazado de nuestra vía, cuya primera parte, como existente, es indiscutible y para sostenerlo están: en el terreno, el camino, en el mapa de Burgos, Coello (véase) y para comprobarlo el miliario; pues si se diese el rodeo por Roa, u otro parecido, no señalaría 34 millas a Clunia a donde se miden casi en recta: luego dicha mansión no es de esta vía, y si hemos podido probar que el repetido camino es el de la Cantabria, Rauda pertenece a otro itinerario, teniendo razón los que en éste no le inclufan.

Debe, pues, corresponder a un trazado trasversal, cuyo origen hemos indicado y que recorriese la orilla del Duero en la que son abundantes (ya lo dijimos) los restos de antiguas poblaciones (algunas ibéricas) en toda la provincia de Valladolid; quizás el camino que desde Simancas o Septimanca lleva el número 24, y que forma allí un ángulo recto inexplicable sin una prolongación semejante a la que indicamos.

Además, la mansión Rauda en este itinerario introduce tal confusión geográfica, que el mismo Saavedra se ve obligado a interpolar otra mansión y añadir XXXIV millas entre Tela y Pintia, dando una solución que el propio Coello confiesa no satisfacerle, según hemos hecho observar; y, a pesar de los trabajos verificados hasta la fecha, tanto a estas dos mansiones como a Intercacia se las atribuyen diferentes reducciones; ninguna convincente, lo cual constituye una demostración *ad absurdum* de lo que anteriormente llevamos expuesto; y así debía resultar, pues para alargar este camino hacia el N y hacia el S era menester agregarle millas y desnaturalizar el trazado.

VI.—PINTIA ¹

Descartada Rauda, como mansión de nuestro itinerario, es Pintia la primera que debemos encontrar siguiéndole en el sentido ya indicado.

Pintia la váccea, cuyas coordenadas geográficas hemos copiado de Tolomeo, ha sido una de las ciudades de correspondencia más controvertida.

Su situación se creyó primeramente en la confluencia del Esgueva con el Pisuerga donde hoy está Valladolid, y donde se han encontrado (y se encuentran recientemente según noticias fidedignas) restos de antigua población; allí la situó, entre otros, Mariana y confirmó Cortés con su ingeniosa etimología de Benizaith (hijos de la Oliva) mal pronunciado en Penzait y sinónimo de Vallis Oliveti.

Conviniendo todos en la antigüedad de Valladolid, algunos llevaron a Pintia a la orilla del Duero, aguas abajo de Roa, aunque sin llegar a señalar de conformidad su correspondencia, pues mientras unos, como Zurita, manifestaban que era Peña-fiel, otros la suponían en Padilla de Duero, pueblos ambos de reconocida antigüedad, y si el segundo no tiene historia que lo manifieste, las excavaciones lo comprueban.

Cortázar en su «Descripción geológica de la provincia de Valladolid» pág. 141, guiado por los depósitos de huesos enterrados en ellas, cree poder confirmar con toda probabilidad la correspondencia de Pintia, Camala, Deobrigula, Segontia parámica, Lacobriga y Tela, con Peña-fiel, Melgar de Abajo, Palenzuela, Paredes, Carrión y Castromocho.

La opinión expuesta primeramente fué perdiendo terreno y ganándolo las últimas, de donde vino a resultar que, aunque no de un modo definitivo, la correspondencia de Pintia podía considerarse determinada en Padilla o Peña-fiel.

Pero, situados los dos a la orilla izquierda o S del río Duero, era preciso volver a cruzarle para ir al N, y este doble paso, innecesario e injustificado, hizo sin duda que se sustituyeran por un sitio próximo llamado las Pinzas, pequeña altura situada cerca de la orilla opuesta. Desde entonces quedó así establecido, sin que hubiera más razones, que sepamos, que la semejanza de los nombres.

¹ Pintia prope Cluniam It. p. 440,4

Antia Rav. p. 318,18 Pincia, Pincinu Heiss monn. wis. p. 57.

Ni ruinas de poblado, ni vestigios del camino hemos encontrado en aquel lugar, ni hemos visto citados por ningún autor: pero, aunque existieran, para justificar esta correspondencia con Pintia, sería preciso volver a suponer con Saavedra (pues la dificultad subsiste como en Roa) una mansión más, contar en ella las 24 millas (que debían contarse a Tela) y atravesar los valles de Jaramiel, Esgueva y Pisuerga con sus correspondientes divisorias.

Aun así y todo hemos de reconocer que no hay indicios que hagan sospechar tal trazado; si existieran, no habría inconveniente y hasta estaríamos autorizados para introducir esta nueva mansión, cuya inclusión en el camino no vemos, por ahora, suficientemente fundamentada.

Si, pues la supuesta situación de Pintia, nos conduce a estas consecuencias, debemos rechazar la equivalencia supuesta, y procurar rectificarla, volviendo para ello a nuestro camino.

Ya dijimos que las distancias mansionarias que figuran en las vías cuando expresan, que no es siempre, la de dos mansiones inmediatas, no suelen exceder de la que nuestro miliario *ffjo* señala a Clunia, y por lo tanto era muy probable, casi seguro, que estando señalado el camino, y existente en buena parte de este trayecto, reconociéndole hubiéramos de dar con una mansión con tal que al hacerlo observáramos los restos si los hallamos y comprobáramos su antigüedad.

Y como ha sido cuestión tan debatida la determinación de estas mansiones, aduciremos primeramente un testimonio autorizado; el de D. Pascual Madoz, quien dice así: «En Pinilla de Trasmonte se encuentran dos despoblados: uno, titulado San Pedro de Mercadillo, del cual sólo existen las paredes de una iglesia y vestigios de un antiguo *camino del tiempo de los romanos*; otro, denominado Sta. María de Cobos, del que también se conservan las paredes de una iglesia». (Madoz, Diccionario geográfico).

Este testimonio, unido al plano del Sr. Coello (Provincia de Burgos), no dejará duda de la dirección de nuestro camino, y, por si no se viera explícito en Madoz de qué clase de ruinas se trata, añadiremos algunos detalles que puede suministrar cualquiera que conozca el pueblo.

Hay una calzada romana en dirección a Clunia por un término que llaman «Los Llanos», unas ruinas en otro término apellidado «Valdetajos», donde se conoce hubo después una iglesia, y finalmente en otro denominado «San Pedro» se observan restos de edificaciones con escombros abundantes y suelen

aparecer monedas tan frecuentemente que un labrador había llegado a reunir veinte.

Las cuatro que hemos visto son de plata, ibéricas, dos de Agreda, una de Segbris (Segóbriga. Delgado Lam.^a CLXX número 2) que poseemos, y otra de correspondencia desconocida hasta ahora.

Según nuestras noticias, la mayoría de las que aparecen son ibéricas como las citadas.

MANUEL DIEZ SANJURJO

Ingeniero de Caminos

(Concluirá).

Romance¹

A la gran ciudad de Burgos
 Ados caballeros llegaron,
 españoles por su sangre,
 por su cuna sevillanos.
 Llegaron calladamente
 por no turbar con sus pasos
 el sosegado silencio
 de este recinto callado;
 y porque, nada ostentosos
 en su vida y en su trato,
 ni gustan de ser sentidos
 ni quieren mover escándalo.

Con anhelo de poetas,
 con ansia de enamorados,
 la ciudad de punta a punta
 recorrieron palmo a palmo.
 ¡Oh evocación misteriosa
 de los siglos que pasaron!
 ¡Cómo conmoviste el alma
 de los dos recién llegados!
 Calles desiertas y frías,
 mudos templos solitarios,
 ¡qué vivo lenguaje hablasteis
 a los viajeros románticos!

Catedral, sueño de piedra,
 de amor y de fe milagro,
 que cuajaste en tus agujas

¹ Leído por Serafín A. Quintero en una fiesta que los literatos burgaleses dedicaron a los ilustres hermanos.

oraciones de cristianos.
¿Quién te verá que no sienta
en su corazón turbado
la palpitación sin nombre
que causa lo sobrehumano?
Zumba en las tranquilas calles
el viento, y en el espacio
parece que el eco llama
a los héroes legendarios.

De Jimena y de Rodrigo
surge el recuerdo sagrado,
y al pensar en el mancebo
que mató al conde Lozano
como emanación del alma
sube el romance a los labios:
—«Descolgó una espada vieja
de Mudarra el castellano,
que estaba vieja y mohosa
por la muerte de su amo.
Y pensando que ella sola
bastaba para el descargo,
antes que se la ciñese
así le dice turbado:

—«Faz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo
y que con su brazo riñes,
porque suyo es el agravio.»

Después a los dos poetas
sale una mujer al paso
noble y garrida, los ojos
entre valientes y cándidos;
mirándole al fino cuello,
como la nieve de blanco,
recuerdan cuando a Jimena
íbala el rey grano a grano
del cuello hermoso quitándole
el trigo que le arrojaron,
y recuerdan cómo Suero,
envidioso dijo en alto:

—Aunque es de estimar ser rey
estimara más ser mano.»
¿Y aquellas graves palabras
que ella escribe suspirando,
y que retratan a una
a la esposa y al vasallo?
«Tan teñido en sangre viene
que pone pavor mirarlo,

y cuando mis brazos toca,
 luego se duerme en mis brazos.
 En sueños gime y forcea
 que cuida que está lidiando.»
 Y uno tras otro romance
 evocan los sevillanos,
 que en su orgullo de españoles
 tienen su timbre más alto.

.
 Ocultos y sin ruido
 quisieron pasar entrambos
 por vuestra ciudad gloriosa,
 madre de pechos hidalgos;
 pero esta misma hidalguía
 quiso por demás honrarlos,
 y les tendió finas redes
 cuando andaban descuidados.
 Y presos en ellas ya,
 y muy contentos de estarlo
 por estar entre vosotros,
 con alma y vida aquí estamos,
 y pues que juntó andaluces
 el azar, y castellanos,
 brindamos hoy por España
 unidos en un abrazo:
 por España, cuyo nombre
 en nuestro cariño es tanto,
 que sale fuera del mundo,
 con ser el mundo tan ancho.

.
 Hicimos este romance
 de vuestra fineza en cambio,
 y lo echaremos al fuego
 ya que lo habéis escuchado.

S. y J. ALVAREZ QUINTERO.

DIVULGACIONES LITERARIAS

La novela de Amadís

I

EL DONCEL DEL MAR

Sucedió que un día, en Bretaña, reinando en tiempos que se han perdido en las tinieblas de un pasado remotísimo, un caballero nombrado Garfñter, que tenía por hija a una bellísima doncella llamada Elisena, recibió la visita de un monarca amigo, soltero y apuesto, con justa fama de esforzado y valiente, ganada en muy buenas y difíciles lides de guerra, que respondía al nombre de Perión de Gaula.

El rey Galínter acogió a su amigo Perión con grandes y sinceras muestras de regocijo y agrado. Enseñóle su hija, y Perión, *que fasta entonces su corazón, sin ser sojuzgado a otra ninguna, libre tenía*, sintióse preso en la red de los encantos de la hechicera muchacha. Enamorado de ella ciegamente, con ese amor que es voraz incendio desde sus principios, que abrasa y destruye cuanto cae dentro de la esfera de acción a que su fuerza llega, y correspondido por la doncella, dióse prisa a encontrar medio que le permitiera calmar la fiebre amorosa que le consumía por instantes. La doméstica de confianza de Elisena, Darioleta, prestóse a servir de tercera en aquellos fulminantes amores. Como todas las mujeres que se ofrecen de mediadoras en asuntos tales, Darioleta contaba con la astucia antes que con la fuerza. Valiéndose de engaños, engaños en que fácilmente caen las damas que quieren a un hombre, porque son gustosas en dejarse seducir con promesas y palabras, condujo a Elisena una noche a la cámara en que la aguardaba impaciente el amante. *Y abrazados se fueron a echar en el lecho, donde aquella que tanto tiempo, con tanta hermosura e juventud demandada, de tantos príncipes e grandes hombres se habia defendido, quedando con libertad de doncella,... rompiendo aquellas fuertes ataduras de su honestidad, se la hizo perder, quedando de allí adelante dueña.*

Principiado el melón... Diez días estuvo el afortunado rey *holgando todas las noches con aquella su muy amada amiga*. Y al cabo, no encontrando manera de disimular por más tiempo la necesidad de prolongar la estancia en el palacio de Galínter, tuvo que darla por concluída. Despidióle aquel, cariñoso y cortés, y le vió partir acompañado de su inseparable escudero.

Quedó Elisena cual quedan la generalidad de las mujeres que pasan por trances análogos: notando en sí los resultados de su debilidad y complacencia. Al sentirse preñada, fueron sus apuros. A bien que a su lado estaba Darioleta, mujer que no se amilanaba tan pronto. Poniendo por pretexto las devociones, la dijo que comunicase a su padre su deseo de encerrarse en una habitación aisla-

da del palacio, cuyas ventanas daban sobre un río. Y no viendo aquél inconveniente en acceder a lo que su hija le pedía, consintió sin más dilaciones en ello.

No perdió el tiempo la celestinesca criada. Tomó unas tablas, las untó de un *betumen* que impedía penetrarse por las juntas el agua, construyó una pequeña arca, colocó dentro de ella la espada que Perión dejó olvidada en su cámara y uno de los dos anillos que éste llevaba, dado en prenda de amor a Elisena, y esperó a que la naturaleza hiciese en su ama lo suyo.

Elisena parió con las angustias de toda primeriza, un robusto y hermoso chico. Tomóle Darioleta, lo envolvió en muy ricos pañales, lo metió en el arca, y antes de que la madre pudiera darse cuenta exacta de lo que hacía, abrió la ventana, puso la cuna sobre las aguas del río, y vió con toda tranquilidad como éstas la arrastraban al mar. Ya había tenido el cuidado de colgar al cuello del infante, sujeto por una cinta, un pergamino, donde de su propia mano, porque la madre se hallaba imposibilitada de hacerlo, había escrito: *Este es Amadís Sin Tiempo, hijo de Rey*¹.

Flotando sobre las aguas del mar iba el arca, cuando la distinguió desde el puente del barco en que navegaba, un caballero escocés, que llevaba su mujer *parida de un hijo que se llamaba Gandalín*. Dispuso inmediatamente que unos marineros recogiesen aquel cajón y lo condujesen a su camarote. Hecho así, el caballero, con la natural sorpresa, sacó a la criatura encerrada en el mueble, llamó a su esposa, dispuso que diese de mamar al recién nacido—cosa que hizo el muchacho con el ansia y el hambre que son de suponer,—la recomendó el secreto, y recogió para conservarlos como reliquias, cuantos objetos halló dentro del artefacto.

Este buen hombre, que marchaba con rumbo a la hipotética ciudad de Antalia, en Escocia, donde poseía un castillo, al llegar a él, ignorando cuál pudiera ser el nombre verdadero de *Amadís Sin Tiempo*, y comprendiendo que debía mantener reservado el secreto que parecía ocultar la extraña manera cómo fué abandonado el niño, determinó denominarle con un nombre alto, sonoro y significativo: le llamó *El Doncel del Mar*². Y con el nombre de *El Doncel del Mar* fué conocido su vida entera, aun cuando él trocóle con los años por otros muchos, singularmente por el que Darioleta le puso, que prevaleció sobre todos, por capricho quizá del copilador de la novelesca historia que aquí se extracta.

Cobróle mucho afecto su salvador, llamado Gandales, y cual hijo le miraba cuando Ulganda la Desconocida, una especie de profetisa ambulante o de maga y encantadora, para la que no corrían los años, salióle una vez al encuentro y le anunció lo que sería con el tiempo. Muy contento quedó de oírla, y no poco creyó de lo que le dijera, porque *El Doncel del Mar*, aparte de que a los tres años de edad, *por su gran fermosura, por maravilla era mirado*, presentía

1 «Sin Tiempo, porque creía que luego sería muerto», dice el texto de la novela. Para unos, Amadís es nombre derivado de Amando, de Amadeo para otros, de Amador para varios... El episodio extractado es uno de los que Juan de Valdés, en su *Diálogo de la Lengua*, señala entre los defectos o *descuidos* que nota en la obra, a la cual, por otra parte, otorga la primacía en su género, distinguiéndola como la única novela caballerescas española que no está tejida de disparates y plagada de absurdos, y reputándola la menos mala de todas las conocidas de su especie.

2 «E assí le pusieron nombre, porque nació en el mar», (*Amadís*, libro I, capítulo II).

que el destino para altos fines le tenía reservado. Con Gandalfín, su entrañable camarada, siendo muchacho realizaba proezas tirando el arco; y cierta vez que otro chicuelo, durante una de las lecciones de tiro al blanco, se enredó a cachetes con el hijo de Gandales por una futesa, *El Doncel del Mar* a poco sí lo mata. Amonestado severamente por su padre adoptivo, el muchacho, entero y enérgico, le respondió con gravedad impropia de sus años: *Más quiero que vos me hiráis, que delante de mí sea ninguno osado de facer mal a mi hermano.*

Crecía así el hijo de Elisena, a tiempo que un amigo de Gandales, el monarca Languines, le hizo una visita, hospedándose unos días en su castillo. Predrado de la inteligencia y desenvoltura de *El Doncel del Mar*, rogó a Gandales consintiera en dejárselo llevar a su Corte. No tuvo más remedio que acceder a la súplica del rey, y con honda pena le vio partir de su casa. Nombróle Languines paje de su esposa, y la reina «quedó tan agradada de como él la servía, que no le dejaba quitar de su presencia». Entretanto aconteció a Elisena quedarse huérfana: su hermana, que era la mujer de Languines, pretendió despojarla del trono y de las tierras heredadas de sus padres. Ella transmitió la noticia del peligro que la amenazaba a su amado Perión, y el amado acudió presuroso a defenderla en su derecho. Habiendo alcanzado completo éxito sus gestiones, Perión determinó casarse con Elisena; y unidos por el vínculo del matrimonio los que ya lo estaban por los lazos del cariño, retiráronse al imaginario reino de Gaula, donde «el Rey holgó algo más de lo que solía, e hubo en ella un fijo e una hija»: al primero le pusieron por nombre Galaor, y Melicia a la segunda. A Galaor, teniendo no más que dos años y medio de vida y encontrándose en Bangil, «villa cabe la mar», robóle un gigante, el espantable Gandalac de Leonís, y se lo entregó a un ermitaño para que le criase y educase, sin decirle de quién era hijo. La razón o motivo de ese raptó se la llevaron a la tumba el jayán que hubo de realizarlo y el autor de la novela que nos lo cuenta.

Por aquel entonces, el monarca dinamarqués Lisuarte, juntamente con su cónyuge Brisena y su bellísima hija Oriana, se traslada a Escocia, movido del deseo de conquistar dicho reino. Como no era cosa de que Oriana, *la Sin Par*, y Brisena menos, le siguieran en la campaña guerrera, las dejó al cuidado de su amigo Languines y consorte. A la sazón *El Doncel del Mar* contaba doce años cumplidos. Languines le ordenó servir como paje a la infanta Oriana. Jóvenes ambos, de edad aproximadamente la misma, hermosa ella y *fermoso* él, tardaron poco en amarse, «en tal guisa que una hora nunca de amar se dejaron». Estos amores constituyen la piedra angular sobre la que el novelista levantó el edificio de su interesante relato.

Considerándose nuestro héroe con edad suficiente para ser armado caballero, transmitió su deseo a Languines, que se mostró propicio a complacerle y le comunicó cuanto sabía de su pasado, entregándole todos los objetos que se encontraron en su cuna-arca; y al disponer la preparación de lo necesario para la ceremonia caballeresca, presentose Perión de Gaula, que venía a solicitar el concurso de Languines para repeler una invasión de gente enemiga que amenazaba a su reino, y se ofrece, a instancias de Oriana, a ser él quien armase caballero al doncel «fermoso.» Veladas las armas, y cumplidos los restantes requisitos, ingresa en la Orden de Caballería. Quien le hizo hombre le hizo también caballero.

Despedido tiernamente de Oriana, monta en su palafrén, y seguido de Gandalín, transformado en fidelísimo escudero,—que cabalgaba sobre un rocín,—aléjase «por su vía». Con quien primero tropieza es con Urganda la Sabidora, que le promete su protección y amparo y le obsequia con una lanza, con la que «face diabluras», defendiendo a cuantas doncellas reclaman la ayuda de su incansable brazo.

Había dejado Galaor transcurrir plácidamente la existencia, entregado a ejercicios de agilidad y a lecturas de libros de aventuras. Llegó a los dieciocho años siendo un robusto mancebo, de hercúleo aspecto y muy agradable figura. Su ilusión era ser armado caballero, y esta ilusión la vió realizada prontamente, partiendo asimismo por el mundo a hacer su camino. Su hermano *El Doncel del Mar*, en él suyo avanzaba sin que hubiera obstáculo capaz de detenerle: entre sus hazañas contaba el vencimiento y muerte del caballero Galpano, guerreador terrible, y forzador infatigable de mujeres, a las que hacía jurar que «en tanto él viviese, no tomasen otro amigo». De la aventura libró con vida, pero no con caballo, que se lo mató el enemigo, y además le cubrió de heridas, a las que hubo de atender solícita, con bálsamos y unguentos de gran eficacia, la doncella de un castillo. Al verse sano a los quince días de quietud en el lecho, «partióse un domingo de mañana en el mes de Abril», con su escudero, en busca de nuevos peligros que arrostrar, y de paso haciendo muchas muestras de su constancia y fidelidad amorosa. Por un espeso bosque caminaba, cuando recibió la inesperada y agradable sorpresa de descubrir a su querido amigo Agrajes, hijo de Languines. Con él se embarca con dirección a Galfán, trasladándose a seguida a la Corte de Perión, en la que por éste y Elisena, uno y otro son acogidos con los brazos abiertos. Ellos contribuyen sobremanera a que Perión derrote al ambicioso reyezuelo Abfés, con quien *El Doncel del Mar* pelea, y a quien vence en singular desaffo. Elisena y su marido reconocen como hijo al esforzado campeón, por el anillo del segundo que el bravo caballero lucía en su izquierda mano. Y es esta la ocasión en que la madre, con ternura de mujer y gravedad de reina, se acerca a *El Doncel del Mar* y le dice: *De aquí en adelante por el nombre de Amadís os llamad... E fué llamado Amadís, e en otras muchas partes Amadís de Gaula* ¹.

II

Amadís de Gaula

Abandonado, aunque nunca olvidado por el hijo del Perión de Gaula, el nombre de *El Doncel del Mar*, que ya tenía hecho famoso con las muchas y notables acciones que ejecutara, comienza la larga serie de empresas caballescacas que *Amadís de Gaula*, con su verdadero nombre, realiza. Fué una, hallándose en el reino de Lisuarte, el vencimiento del monstruoso gigante de la Peña de Galtares, al que no sin trabajo, rinde y mata. Es otra, su segundo encuentro con la trapisondista Urganda, que le pone en antecedentes para que reconozca a Galaor por hermano, noticia que le produce extremado contento.

¹ Libro I, capítulo X.

Amadís se da prisa a trasladarse a la Corte de Lisuarte para abrazar a Galaor, y para entrevistarse a la vez con su inolvidable Oriana, de la cual la reina le nombra caballero. Después continúa buscando jayanes que rendir y doncellas que proteger. No era de los primeros Arcalaus, hombre cruel y sumamente sanguinario; mas sí un enemigo temible, merecedor por sus infamias de ser borrado del catálogo de los vivientes. A su encuentro se dirige: le reta, lucha con él, y le vence. Se introduce en el castillo en que moraba, e intenta libertar a la dueña Grindalaya, que en una de sus prisiones gemía aherrojada de cadenas; pero se vió a punto de que le saliera capada la galga, porque el astuto Arcalaus le encanta, y encantado le retuvo en su poder, mientras, tomándole el caballo y las armas, parte para la Corte de Lisuarte y cuenta al rey el embuste de que había vencido y muerto al Aquiles de la andante caballería.

Lisuarte se tragó la mentira, y con la pena que ella le ocasiona y las justas lamentaciones a que se entrega, no vuelve a ocuparse de Arcalaus, que un poco escamado «se tornó por do viniera, asaz con enojo, e maldecíanle los que le veían, rogando e haciendo petición a Dios que le diese presto muerte». Las simpatías de *Amadís* eran en todas partes tan numerosas y tan bien ganadas, que hasta el novelista se enterneció con la sola suposición de que pudiera resultar cierta la inadmisibile noticia de su pérdida; y ni aún indicarlo sería preciso, porque ello se desprende del suceso, que al tener de él conocimiento Oriana, llora a moco tendido y se lamenta hasta no poder más, al igual de Elisena, derramando entre ambas tantas lágrimas como arenas lleva el mar y lanzando tantos gemidos como estrellas hay en el cielo.

Afortunadamente para todos, Brantibas, uno de los adversarios del bribón Arcalaus, libertado por *Amadís* del cautiverio en que aquél le tenía, vuela a la Corte de Languines y refiere la verdad de lo pasado. La calma renace así en los acongojados ánimos de las gentes, entre las cuales la grata nueva se desparce con la velocidad del rayo. Elisena, Oriana, Perión y Lisuarte cobran alientos para aguardar sin zozobra el retorno del popular caballero. Su vuelta no se hace esperar gran tiempo, porque desencantado de una manera bien extraña, por cierto, *Amadís* se viste las armas de su encantador, monta en el caballo del mismo, y a escape corre junto a Oriana. La acogida que tiene por parte de sus amigos es de las que dejan recuerdo en el corazón y en la memoria de aquel a quien se dispensa.

De las proezas que luego lleva a cabo *Amadís*, una de las más fantásticas es la realizada en cierta selva donde distingue una carreta arrastrada por doce caballos y custodiada por ocho flamantes caballeros bien armados. Empeñóse nuestro caballero en ver lo que dentro del carromato se ocultaba, y a viva fuerza lo logra. Iba en su interior la dueña de un castillo: pregúntala por el objeto de aquel viaje, y contéstale ella que no puede decírselo porque era un secreto; pero que si tiene interés en saberlo, acuda al castillo que le indica y allí adquirirá las noticias que desea. *Amadís*, presuroso, se dirige al punto mencionado. Penetra en el castillo arrollando a cuantos le estorban el paso. Los criados se afanan por acorralarle para prenderle. Ninguno lo consigue. La señora de aquella morada, convencida de que aquel hombre parecía invencible, dispone que se dé suelta a sus leones, «que eran dos muy bravos, metidos en una cadena». Pero *Amadís*, como Don Quijote exclama en un suceso a éste

parecido, piensa para sus adentros: ¿Leoncitos a mí? Y ligero como el viento y valiente como él solo, mete a las fieras en un cercado, cierra contra soldados y sirvientes, a unos hiere, a otros mata, huyen espantados muchos, y cuando se ve dueño del campo, se entera de lo que quería enterarse, y hace mutis, alejándose de aquellos lugares cual si nada hubiera sucedido.

A Angadura se dirige, en busca de Galaor. Luego, los dos hermanos se encaminan al castillo de Balais de Carsante, excelente camarada de ambos. Allí reposan, y allí acaban de curarse a *Amadís* las heridas que había sacado de la anterior trifulca. A seguido, tornan al reino de Lisuarte; mas en el camino ven a un caballero mal herido, que, agonizante, yacía abandonado por otro que en desafío le había puesto en trance de muerte. Sin pérdida de momento, *Amadís* se dedica a buscarle. Le halla y le tiende a sus pies de una estocada. Nuestro héroe, siempre justo, no hubiera logrado conciliar el sueño de haber dejado impune la nada noble acción del matador caballero.

Recibidos con júbilo en la Corte de Perión, Oriana sobre todo experimenta alegría muy grande. Ya ella sentía verdadero deseo de volver a conversar con su amado, y no era menor el ansia que éste tenía por oír la voz de la idolatrada doncella de sus pensamientos ¹. Con Galaor, al que no conocía Oriana, y por supuesto con *Amadís*, mantiene muy largos y agradables coloquios. Parecieron los dos hermanos tan semejantes en lo físico, «que a duro se podían confundir, sino que don Galaor era algo más blanco, e *Amadís* había los cabellos crespos e rubios, y el rostro algo más encendido, y era más membrudo algún tanto».

En aquellos días Lisuarte reúne cortes en la ciudad de Londres, e invita a *Amadís* a que asista a las sesiones. Aprovechándose de la ausencia del primero, el mago y rebelde Arcalaus excita a Barsinán de Sansueña a que le derroque y se proclame rey en su lugar. Para ello roba Arcalaus el manto y el cetro a Lisuarte; y valiéndose de una doncella amaestrada y asalariada, atrae con engaño a *Amadís* y a sus amigos, a una tienda de campo aislada, y por sorpresa y a traición los prende. Nuestro caballero, al reponerse de la sorpresa, y darse razón de lo que significaba, «estaba tan sañudo que la sangre le salía por las narices e por los ojos»; pero de nada le valió su enojo, porque atado, como Galaor, Gandalfín y los demás que le acompañaban, fué conducido a un castillo y convenientemente encerrado en una de sus prisiones. De este modo, no le costó mucho esfuerzo a Arcalaus prender a Lisuarte, primero, y a continuación a Oriana, que es llevada a Monte Oldín, «uno de los más fuertes castillos del mundo» ².

A conocimiento de *Amadís* y de Galaor no tarda en llegar el hecho de la deshonra y encadenamiento del rey Lisuarte por el encantador «malo e cruel»,

¹ A *Amadís*, en tanto hablaba con Oriana, «las lágrimas caían a hilo de sus ojos por las haces».

² Al llegar a este punto del relato, el novelista apunta varias reflexiones, sino oportunas, muy sensatas. Véase una: «¿Qué diremos aquí, emperadores, reyes e grandes, que en los altos Estados seréis puestos?... Guardaos, guardaos. Tened conocimiento de Dios, que aunque los grandes Estados da, quiere que la voluntad y el corazón muy humildes y bajos sean, e no en tanto tenidos, que las gracias, los servicios que él meresce, sean en olvido puestos... Que a los que no hacen (obras buenas), ni ponen mesura en sus maldades, en este mundo los cuerpos y en el otro las ánimas, serán perdidas e dañadas».

y el del secuestro de la Sin Par en belleza. Aquéllos pronto ganan la libertad, y a poner en salvo al monarca y a su hija tienden todos sus desvelos. Galaor se encarga de Lisuarte y *Amadís* de Oriana. Sin minuto que perder, pónense en campaña. *Amadís* sigue el rastro a la doncella y brevemente da con el lugar donde la tenían segura. Era en el castillo del propio Arcalaus, de que se ha hecho mérito. Colocado en acecho, escucha, transido de pena, las lamentaciones que en alta voz prefería la inocente presa ¹. Imprimen ellas a su alma energías sobrehumanas, y, como Aquiles cuando perseguía a Héctor, se siente ebrio de furor y de venganza. Nada le detiene, ni nadie hubiera sido capaz de intentarlo: asalta la fortaleza, acomete a quien osa ponérsele delante, arrolla cuanto encuentra al paso, lleva la confusión y el espanto adonde se muestra, y Arcalaus mismo huye de aquella «imagen espantosa de la muerte», cual liebre perseguida por jauría de podencos hambrientos.

Recogida Oriana en los brazos de su libertador, súbela al caballo en que montaba, y llevando él mismo al noble bruto del diestro, se alejan del castillo. El león tórnase cordero: plácidamente dialogando dan en espesa y solitaria selva, donde se detienen. Oriana, rendida de cansancio, échase a descansar un rato «sobre el manto de su doncella». Esta apártase, discreta, para reposar también «en unas matas espesas». El escudero ha quedado atrás, hasta dar remate a un encargo de su amo. La ocasión es única y la pintan calva. *Amadís* la aprovecha, y Oriana pierde gustosa la flor de su virginidad ².

Galaor, en tanto, da con la pista que le conduce a donde se hallaba encerrado Lisuarte, y no sin riesgo de su vida, consigue devolverle la libertad de que Arcalaus le privara. Mientras, el iluso Barsinán que no pierde la esperanza de llegar a verse rey, pretende casarse con la mujer de Lisuarte, intentando hacerla creer que está viuda; y acaso hubiera alcanzado su deseo, que la esposa de Lisuarte en nada se parecía a la mujer de Ulises, si el marido escoltado por *Amadís* y Galaor, no se presenta tan pronto a recobrar sus deseos de cónyuge y de monarca. El pobre Barsinán apela entonces a la fuga, y no pára de correr hasta que se acaban las magníficas fiestas con que celebra Lisuarte el feliz remate de este peligroso episodio de su vida.

Había prometido *Amadís* a la princesa Briolanja, en el castillo de Grovensa, vengar la desastrosa muerte que dieron a su padre, y reponerla en su trono de Sobradisa. Con la aquiescencia y el permiso de Oriana, y con la ayuda de

¹ «Y le vinieron las lágrimas a los ojos», agrega el autor.

² Limpio el relato de toda pintura grosera, merece transcribirse para apreciar el mérito de la honestidad de *Amadís* y el arte del narrador que, sin manchar su pluma, supo dar cuenta cabal de un acto, cuya descripción decente ofrece no pequeñas dificultades «*Amadís* tornó a su señora, é cuando así la vió tan hermosa, y en su poder, habiéndole ella otorgado su voluntad, fué tan turbado de placer é de empacho, que solo mirar no la osaba; así que se puede bien decir, que en aquella verde yerba, encima de aquel manto, más por la gracia é comediamento de Oriana que por la desenvoltura ni osadía de *Amadís*, fué fecha dueña la más fermosa doncella del mundo. E creyendo con ello las sus encendidas llamas resfriar, aumentándose en muy mayor cantidad, más ardientes é con más fuerza quedaron, así como en los sanos é verdaderos amores acaecer suele».—De notar es el concepto que al autor de los tres primeros libros de la novela, le merecían las mujeres: al paso que a los varones los muestra tímidos para el amor, a las hembras las pinta atrevidas y resueltas. ¿Serían en los tiempos aquellos todos los hombres como Perión, Galaor y *Amadís*, y todas las mujeres como Ellsena, Briolanja, Oriana, Darioleta, la hija del conde de Selandía, etc., etc.?

Galaor, de su primo é íntimo Agrajes, y de Gandalfín, «fueron en el camino puestos» para dar formal cumplimiento a su palabra. Llevaban avanzado un buen trecho, cuando echó de menos *Amadís* la espada que Briolanja le había regalado, y que se dejó por olvido en la morada de Oriana. Vuelve por ella el honrado Gandalfín, con orden de su amo de que se la entreguen. Toma el recado Oriana misma, y a las preguntas de ésta, un tanto, como mujer, curiosa, responde ingenuamente el bueno del escudero. Pero ¿por qué toma tan gran interés tu amo—dícele aquella,—en los asuntos de Briolanja? Porque ella—contesta el sencillo Gandalfín—«ha su corazón enteramente, y él quedó por un caballero para la servir».

El ¡ah! de asombro que se impone ante respuestas análogas, escapósele del pecho a la enamorada doncella; mas en su ¡ah! de asombro, iba envuelta, además, una sospecha angustiosa y terrible: el áspid de los celos mordió el corazón de Oriana y dejó en él su ponzoñoso veneno. La amada de *Amadís* no volvió en largos días a disfrutar de paz, quietud, tranquilidad ni reposo.

Briolanja tuvo para sus caballeros huéspedes las atenciones que ellos merecían. No tardó mucho en sentirse profundamente enamorada de *Amadís*; pero *Amadís* no parece ser cierto que la correspondiera ¹. Por ello no dejó de contribuir con todas sus fuerzas a que fuese una realidad su reposición en el solio que ocupara el autor de sus días, ni dejó tampoco de celebrar dicha reposición, folgando con ella, en unión de Galaor y Agrajes. Y aunque el arreglador de la novela no da crédito al hecho, porque de ser cierto Briolanja hubiera quedado inutilizada para casarse con Galaor, conforme después lo hizo, recoge la noticia, tenida por muchos como verdadera, de que Briolanja extremó su obcecación amorosa hasta el punto de no tolerar que *Amadís* se separase de su lado sin haber de él un hijo o hija, que el sexo la era a ella indiferente; y que enterada de esto Oriana, y ordenando a *Amadís* que de cualquier modo que

1 En la dilucidación de tan importante extremo, del que habría de depender el nuevo rumbo por que tomara la acción de la novela, el copilador y arreglador de ésta, García Ordóñez de Montalvo, hace constar de modo terminante, que Amadís no llegó a amar a Briolanja, aunque el Señor Infante Don Alfonso de Portugal, habiendo piedad desta hermosa doncella, de otra guisa lo mandó poner. En esto hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores se escribía. (Libro I, cap. XL), y pareciéndole, sin duda, que era conveniente y necesario insistir en el punto, dejando bien sentado que Amadís no mantuvo relación amorosa con Briolanja, escribe a la terminación del capítulo citado: *Todo lo que más desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina Briolanja, fué acrecentado, como ya se os dijo; é por eso, como superfluo é vano, se dejara de reconiar, pues que no hace al caso. Antes esto, no verdadero, contraría é dañaria lo que con más razón esta grande historia adelante contará.* El tal infante D. Alfonso fué el hijo primogénito del sabio monarca D. Dionís, al que sucedió en el trono de Portugal el año 1325 con el nombre de Alonso IV. Las palabras transcritas de Montalvo evidencian la existencia de un manuscrito del Libro I del *Amadís*, hoy desconocido, distinto del primitivo, y posterior, claro es, a él; manuscrito que corría de mano en mano cuando el regidor de Medina hacía la refundición que todos conocemos, que no era del agrado popular por aparecer desnaturalizado el asunto sobre que se basa la novela, o sea el inquebrantable amor del protagonista a Oriana. El autor de dicho manuscrito, que, conforme escribe Menéndez Pelayo en sus *Orígenes de la Novela*, «no se cuidó de salvar la contradicción que envuelve, con lo demás de la fábula», parece ser que fué el trabajo de Lobeira, trovador de la corte del indicado D. Dionís. Lo que no se sabe, por no conocerse episodio de los supuestos amores de Briolanja con Amadís; pero consta que el episodio lo introdujo porque D. Alonso hubo de moverse a compasión de la reina de Sobradisa, la cual, según el relato que Montalvo sigue, casó con el hermano de Amadís, D. Galaor.—Es prueba todo esto de que hubo varios textos referentes a la historia de Amadís, y es prueba también de la popularidad de que gozaba y del interés que su lectura despertaba en las distintas clases sociales. [A través de los siglos, aun llegan a nosotros, por las palabras de Montalvo, ecos de las apasionadas discusiones que provocaría entre los lectores el hecho de que Amadís hubiese o no sido blando a las coquetterías de la que fué su cuñada.]

fuere levantase inmediatamente los reales de aquel campo, nuestro caballero no vió manera más segura y pronta de hacerlo, que acceder a lo que con tanta necesidad pedía Briolanja, «é hobo en ella un fijo é una hija de un vientre 1».

Regresando Galaor del castillo de Briolanja, encontróse en el camino a un hermano de padre, llamado Florestán, cuyo origen había sido semejante al de *Amadís* 2. Criado en secreto y armado caballero cuando llegó a la edad conveniente para ello, recorrió Constantinopla y su reino, realizando un sin fin de hazañas; mas harto de dicho país, se había venido a Gaula «donde oyó la gran fama de Amadís, é asimesmo la de Don Galaor, y pensó comenzar de nuevo á ganar honra en la Gran Bretaña». De aquí que al descubrir a su hermano, y saber después que *Amadís* también de él lo era, no se aparte un momento de ambos. Con los dos va a la Corle de Abíseos, el matador del padre de la zarandea Briolanja; y los tres, para prepararse dignamente a hacer con Abíseos y con los suyos, una sarracina que dejara en mantillas a las que corrían ya a cargo de cada uno, «oyeron la misa de un hombre bueno ermitaño», rogaron a Dios que no les desamparase; y se dispusieron a segar cabezas de cristianos.

Abíseos era hombre de temple, y sus hijos Darasió y Dramis no eran tampoco unos cualquiera: así es que aquello prometía ser la de Dios es Cristo. Por de pronto, *Amadís* entra en acción, llevando la lanza en ristre, y encarándose con Dramis, le sacude un golpe «tan bravamente que, sin que el arnés fuese roto en ninguna parte, le quebrantó dentro del cuerpo el corazón, é dió con él, muerto en el suelo, tan gran caída, que pareció que cayera de una torre». A seguida, viéndose en esta lucha homérica atacado por el impetuoso y corajudo Abíseos, con la espada le da el de Gaula «tan gran golpe por cima del yelmo, que la fizo descender al hombro, é cortó en él, y entró por la cabeza fasta el hueso». Después se dirige a Darasió, y apartando de un revés a su entrañable amigo Agrajes, que con Darasió peleaba, le atizó «tan gran golpe en el escudo, que todo lo que le alcanzo fué en tierra, é descendió el espada al arzón delantero é cortó fasta en la cerviz del caballo». Y no quedando enemigos mercedores de golpes tan bravos, más propios de Hércules que de un caballero andante, crúzase de brazos en espera de que acaben su labor Galaor, Florestán y Agrajes; que aunque arreaban de firme, sus lanzazos eran caricias comparados con los que Amadís sacudía.

De esta suerte quedó Briolanja asegurada en el trono de sus mayores. Los victoriosos caballeros se fueron a Sobradisa, y celebraron animadamente el triunfo logrado, y repusieron de las fatigas pasadas, descansando en aquella Corte durante varios días.

CÉSAR MORENO GARCÍA.

(Continuará).

1 De esos hijos no vuelve a hacerse mención ni en el arreglo de Montalvo, ni en ninguna de las muchas continuaciones que de *El Amadís* se han impreso. Quizá constituya esto una demostración más de que la innovación introducida en el original por Lobeira, donde algo se diría de tales innominados hijos, no fué del agrado público. En cambio de los que tuvo Briolanja con su esposo, hay historia, que se citará a su debido tiempo.

2 Perión de Gaula, afortunadísimo para cieta clase de aventuras, no obstante lo poco atrevido que fué con las damas, estaba una vez de paso en el castillo del conde de Selandia, en Alemania, cuando a su única hija se la antojó holgar con él, y tan terca se mostró la niña que le amenazó con matarse si no la consentía introducirse en su lecho, al que llegó sin que la llamase nadie. Y ¿qué había de hacer Perión más que «cumplir con ella su voluntad aquella noche, donde quedó preñada?»

UN CENTENARIO

Juan Martínez Villergas

Hace pocos días se celebró el primer centenario del nacimiento de Zorrilla. En el presente mes de Marzo, día 8, se cumplió el de otro poeta ilustre, también nacido en tierra vallisoletana: Juan Martínez Villergas. Su pueblo natal, Gomez-narro, ha conmemorado debidamente el suceso.



Fué Villergas el poeta satírico de más fama del siglo XIX. Escritor de un temple que ya no se estila hoy, supo acometer enérgicamente a cuantos, en su entender, lo merecían, por muy altos que estuviesen, y guiado siempre del mayor patriotismo. Servíale a maravilla su incomparable vena satírica y su singular gracejo.

Nació Villergas el día 8 de Marzo de 1817. Fueron sus padres D. Manuel Martínez y D.^a Vicenta Villergas. En 1834 pasó a Madrid, donde vivía un tío suyo, y después de estar empleado algún tiempo en la Contaduría de Rentas, y de empuñar el fusil de miliciano, dióse a conocer como escritor. Desde el primer momento se dedicó a la sátira, tanto política como literaria.

La publicación de su violento folleto en verso *El baile de Piñata* le obligó a salir ocultamente de Madrid. Más tarde fundó

su periódico *El Tío Camorra*, suprimido por una real orden, y escribió sin descanso poesías, cuentos y obras dramáticas. A consecuencia de sus dos libros *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narvaez* y *Desenlace de la guerra civil*, se vió envuelto en un proceso, y después de seis meses de cárcel tuvo que emigrar a Francia.

De regreso a los dos años en Madrid, continuó dando a la imprenta folletos y periódicos satíricos. A fines de 1854 fué nombrado cónsul de España en Newcastle y más tarde en Haití; pero invalidado este último nombramiento, quedóse Villergas en la Habana, en situación no poco apurada. Su renombre literario le abrió, sin embargo, las puertas en la capital de Cuba, y fundando primero *La Charanga* y después *El Moro Muza*, continuó sus campañas satíricas. Durante algún tiempo residió en Méjico.

Desde entonces la vida de Villergas transcurrió en viajes continuos de Cuba a España y de España a Cuba. Allí resucitaba su *Moro Muza*, y sostenía enérgicas campañas patrióticas; aquí daba al público, bajo el título de *Jeremías*, otro periódico satírico. En 1872 fué elegido diputado por Alcañices.

Una de las veces que estuvo en Cuba, en 1874, prolongó sus correrías por toda la América del Sur: costeó la Argentina, traspuso el estrecho de Magallanes, visitó las poblaciones de Valparaíso y Santiago y continuó hasta llegar a Lima. Su situación pecuniaria llegó a ser tan crítica, que se vió obligado a dar lecciones de matemáticas en el pueblo peruano de Huacho. Fué entonces cuando, divulgado el hecho por España y repúblicas americanas, se abrió en su favor una suscripción encabezada por Alfonso XII y familia real, y que produjo unos cuantos miles de duros.

Murió Villergas en Zamora, el día 8 de Mayo de 1894.

Sonetos de Juan Martínez Villergas

Mandó el tío Antonio, el ciego, al lazarillo
Que si su tabernera conocida
No llenaba fielmente la medida
Le diese un golpecito en el tobillo.

Fueron a la taberna, y el chiquillo
Hizo luego la seña convenida;
Y aquél gritó con voz descomedida:
«¿Por qué no llena usted ese cuartillo?»

Viendo la tabernera que no era
El dicho ningún falso testimonio,
Contestó: «Crea el diablo en tu ceguera».

«¡Bastante ciego soy (dijo el tío Antonio)
Pero es usted capaz, tía tabernera,
De hacer abrir los ojos al demonio.»



VILLERGAS EN 1843

**Al autor de un soneto cuyos versos pecaban todos
de largos**

Vuestro gordo soneto es muy bonito,
Pues, siquiera, no peca de incompleto,
Que sílabas le sobran, y someto
Esa cuestión al fallo de un perito.

Es soneto que raya en infinito;
Mas si su corpachón pide respeto,
¿Es clásico el sabor de tal soneto?
Yo sólo sé que aguza el apetito.

Pues soneto como él no se ha criado;
Ni volverá a encontrarse, por asomo,
Ninguno tan rollizo y abultado.

Es un soneto, sí, de tomo y lomo,
Soneto tan relleno, tan trufado,
Que, si alguno lo trincha, me lo como.

**A un crítico, cuyas observaciones estaban desautorizadas
por los malos ejemplos**

Parodiarte, lo juro, es mi consuelo.
¡Y estás conmigo cada vez más crudo,
Sin ver que a ti se vuelve el golpe rudo
Que en mí presume descargar tu anhelo!

Trátasme casi, casi, de ciruelo,
A lo cual yo respondo que no dudo
Que debo desbarrar muy a menudo
Habiéndote tomado por modelo.

¿Y es posible, cabeza de chorlito,
Que ese mal que te debo por contagio
Llegue a ser para ti fiero delito?

Sábelo, pues, y dame tu sufragio:
Cuando lo hago muy mal, es que te imito;
Cuando lo hago peor... es que te plagio.

PEDAGOGÍA

El arte en la escuela

Se quiere, justamente, en la actualidad, rodear al hombre de una vida plena de arte, que es amor.

La escuela primaria, oferta de todas las grandes ideas y experiencias, es la llamada a comenzar esa obra santa de redención espiritual. Sin la educación del niño nada podrá conseguirse. Por olvidar estos principios elementales de progreso y preferencia vivimos en la urdimbre de una tristísima gamma de descuidos y malos gustos, que acusan, junto a la deficiencia del aprendizaje de los diferentes oficios, la ancha conciencia del que enseña en el taller o en la fábrica, en el periódico o en la cátedra.

Ennoblecir el trabajo, ennoblecer al obrero y darle cultura, fué el ideal de Ruskín, el gran estético. ¿Y dónde que no sea la escuela podrá iniciarse esta obra de cultura artística?

Nuestras escuelas, las escuelas de Castilla, hacen una vida por demás extraña. Junto a una labor torpe y superflua se ha agregado el exotismo. Se dibuja a través de viejas láminas francesas o alemanas. La arquitectura escolar, el decorado, las postales, los cuadros, las canciones, todo es invención extranjera, copias insulsas y lamentables de lo de otros países. ¡Oh santa simplicidad castellana!

En las cosas de educación—como en tantas otras—hemos ido caminando de mal en peor, mientras que los otros pueblos reconcentraban en una sola todas sus actividades: amar y conocer las cosas propias. Después de la gran guerra este ideal pedagógico, al intensificar el esfuerzo de la escuela, se sobrepondrá más y más a toda otra preocupación.

La obra de la educación es la adaptación del hombre al medio en que vive. Nosotros, pues, hemos de adaptar nuestros niños a nuestros paisajes, a nuestro suelo, a nuestras aldeas y ciudades, dándole a conocer nuestras tradiciones, nuestras leyendas, nuestras costumbres, nuestras canciones, nuestra literatura, nuestra poesía, nuestros ríos, nuestras llanuras, nuestras montañas, nuestros monumentos, toda la belleza que encierra esta bendita tierra de Castilla. Que nuestros escolares vean por doquier la sencillez y elegancia, ese carácter rancio y severo del arte castellano. Que los locales—escuelas, las mesas, los bancos, los adornos y el decorado sean castellanos. Que las postales representen monumentos y paisajes castellanos. Que las canciones sean castellanas. Que hablen en castellano y escritos por autores castellanos los libros que el niño lea en la escuela. Que los modelos para el dibujo sean castellanos. Que todo lo que el niño vea le hable de Castilla y la escuela habrá escrito la página más gloriosa del amanecer que ya alumbra...

SIDONIO PINTADO

Invierno

Aquí el rumor palpita de la terrena playa;
Allá se alza la ermita cual rústica atalaya
Donde fugaz desmaya crepúsculo invernal.
La atmósfera se puebla de pálidas visiones;
De la apretada niebla los negros pabellones
Desgarran los ciclones en lucha desigual.

De sombras y de horrores con ostentoso alarde,
Llenando de terrores el ánimo cobarde,
De la apacible tarde la noche vino en pos...
¡Callemos! que el misterio de que inunda la tierra
Su tenebroso imperio, su oscuridad, que aterra
Cuando la noche encierra, secretos son de Dios.

CAROLINA VALENCIA

El muerto al hoyo...

(FRAGMENTO DEL PRIMER CAPÍTULO DE UNA NOVELA EN PREPARACION)

A Narciso Alonso Cortés.

Subiste a la casa?
—Estuve anoche, pero un momentín... Andaban muy atareados buscando papeles y escribiendo los sobres de las esquelas... Si te parece subiremos ahora, en tanto que se organiza la procesión.

Salfan los dos amigos del funeral, con los pies helados y la cabeza mareada de tanto gorgorito canónico. Por la gran puerta ojival, amparada por los santos centinelas de piedra que sufrían, con impasible heroísmo de mártires, las injurias de los siglos y las agresiones incultas de los párvulos cristianos, se vaciaba el templo lanzando a la calle el raudal humano y bocanadas de incienso que flotaban, como madejas de niebla, sobre la negrura de los capacetes masculinos.

A D. Martín se le había quedado el sonsonete y canturreaba, entre dientes, con énfasis de sochantre: ...*Qui tollis peccata mundi...*

—¡Bien se han portado ¿eh?!—insinuó el acompañante. —Esos cantores sanguíneos y castos, de levadura rural, arrojan las notas como bombas de mano... Si a estos no les oyen en el cielo, ya podemos decir que habrá que rezar a morterazos.

Y el herejote caballero, en quien ya habrá descubierto el lector las vetas volterianas, se enroscó la peluda bufanda metiendo los flecosos extremos bajo las solapas del abrigo.

—Tienes razón... Demasiado aparato escénico... En mis funerales habrá menos trémolos y más brevedad. Así lo dejo dispuesto. Con una misita sobria, sin suprimir el adorno tradicional de la jarrita con las cerillas, la rosca bien amasada y las toallas con lazos de crespón, no tendrán de qué rezungar los amigos escépticos ni con qué distraerse los devotos...

—Sin embargo, no se pueden borrar radicalmente las categorías.

—La muerte es la suprema niveladora... Esto sospecho que se ha dicho en todos los idiomas y en todos los siglos... Es una monstruosa máquina de apisonar que convierte todos los huesos, los del potentado como los del mendigo, en grava y polvo para la carretera de la humanidad...

—Desconfío yo, querido Martín, de los programas igualitarios de ultratumba... Ni la muerte nivela, ni Dios, en su absoluto poder, conseguirá implantar ese socialismo espiritual en la ideal república de los bienaventurados... Los que son pueblo en la tierra, pueblo son en la fosa común, junto a la burguesía de los nichos y la aristocracia de los panteones... Y en el cielo, donde ya existen jerarquías tradicionales, y un elemento palatino de indiscutible arraigo, sin contar el militarismo

angélico de serafines y dominaciones, la proporción o riqueza de santidad hará imposible la nivelación de las clases... Los más santos formarán la *elite*, contando con la confianza plena del Divino Emperador... Desconfío que habrá su turno pacífico de partidos y temo que la turba de los menos virtuosos, con su *mínimum* reglamentario de santidad, formarán una plebe rebelde y conspiradora...

—Tienes un concepto absurdo, irreverente y materialista de lo que será, y es, la celestial Monarquía... Lo menos que te figuras tú es que cuando llegues, si es que llegas, que lo dudo mucho, allí arriba (y señalaba con la cabeza hacia las nubes parduzcas), después de haber recalado unos lustros en la estufa desinfectante del purgatorio, te vas a encontrar con un paraíso artificial, a estilo de los de Baudelaire; con teatruchos y cafés y botillería variada, y salones alegres, y todo gra-tuito, por supuesto, y con una salud cabal para disfrutar de los eternos deleites...

Don Martín, declamando lo apuntado, se había detenido, estorbando la circulación por la acera, y sujetando a su amigo le por una manga, para que no perdiera sílaba de la imprecación. Hombre de tertulia, en trastienda, visita o casino, y de exuberante verbo, estaba habituado a perorar en actitud estática; lo cual quiere decir que necesitaba del reposo para fraguar sus razones, y si al pasear por los so-portales, o por los caminos de la socampana con sus viejos cofrades de la senectud plácida y rentista, surgía algún motivo de polémica, se veían forzados a suspender la marcha, que no se reanudaba hasta que concluía el debate con algún golpe de tos que cortaba la elocuencia del más recalitrante.

—Cualquiera diría, Martín,—replicó el otro, como dolido de los latigazos—, que estás hablando con un cerdo de la pira de Epicuro.

Seguían por la acera, pisando un lodo pegajoso y resbaladizo, ba-tido por el calzado de la funeral comitiva, y tenían que arrimarse, de cuando en cuando, a las fachadas, para evitar que les salpicaran las pellas de barro arrancadas a la fangosa calzada por las ruedas de algún coche.

—¡Alto ahí, Vicentillo!—gruñó D. Martín, imitando con su voz cata-rrosa el ronco sonido del aludido puerco. Ya sé que tú no buscas las complacencias abyectas y viciosas, sino, acaso, la perdurable folgan-za ya prometida en romance castellano a los que morfan luchando contra infieles... Pero confiesa que para tí el cielo más apetecible sería un cielo de tipo inglés, con tus fofos sillones de cuero, tus contertulios y libros selectos, buen tabaco, leña sobre los morillos, un whisky a tiempo y dos viajecitos amables por las costas azules y las ciudades doradas... Y en cuanto a Epicuro, permíteme que me asombre de que un hombre cultivado crea, todavía, en las patrañas insertadas por los indoctos sobre el supuesto libertinaje del gran filósofo...

En esto, llegaron a la «casa mortuoria». En el portal, y a lo largo de la acera, esperaban los asilados y viejecillos que iban a cumplir friamente con su misión de plañideros, ganándose media peseta,

dejando chorrear el hacha para favorecer interesadamente al industrial cerero que cobraba a razón de lo que faltase en el peso.

En la estrecha y empinada escalera se cruzaban, apretujándose por fuerza mayor, las filas ascendente y descendente, que desfilaban, con semblantes muy lacios y compungidos, estrechando las manos de los deudos y testamentarios.

Don Martín, temperamento vehemente, fácil al contagio de las emociones, no se limitó a sacudir la diestra de los enlutados parientes... Se agarró al más significado de ellos, abrazándole con paternal efusión y provocando en todos, con tan entrañable escena, las manifestaciones externas del desconsuelo.

—¡Animo, Pepe!—le decía, frotándole las espaldas—¡Esta es la vida!... Entereza... Resignación!

La «cola» estaba detenida esperando a que concluyera el incidente sentimental. D. Vicente, que le seguía en turno, leía maquinalmente un cuadro honorífico, pendiente de la pared.

«El Rector de la Universidad de Salamanca... Por cuanto D. Roberto Villarejo y García, natural de Peñaranda...

Restablecida la circulación, D. Martín volvió a provocar otra parada en las filas, al pasar frente a la puerta de un gabinete.

—¿Ves aquel bodegón?—preguntó a su amigo señalando una pintura donde se agrupaban, con indiscutible inspiración y artístico conjunto, un hermoso gajo de moradas uvas, una pera de excepcional tamaño y peregrino colorido, unas galletas, dos pasteles de crema y un trozo de queso del país.—Pues lo pintó Emilio... Y por ahí debe andar una buena copia de la Virgen de Ribera y una cabeza de estudio... Lo hacía bien, pero se cansó pronto...

Los menos pacientes de la fila iniciaron una discreta protesta contra la inoportuna disertación crítica que entorpecía el desfile, y empujados por los que venían tras ellos, continuaron pasillo adelante, hasta sumirse en el hueco de la escalera, tomando prudentes precauciones para no pisar en falso y despeñarse en el temeroso abismo de aquel lóbrego caracol.

FERNANDO ISCAR-PEYRA

Salamanca 1917.

El poema de mis veinte años

Encerrada mi alma vive en ese convento,
En el triste convento de los blancos tapiales
que tiene verde huerta y un árbol corpulento
que al mecerse en el viento parla mis madrigales.
En su mística calma y en su dulce quietud
encuentra consonancia mi amante juventud.

Educándose en él con santas religiosas
tienen presa a mi novia; la chiquilla divina
que olvida las lecciones sabias y provechosas
por mirar cómo vuela la rauda golondrina.
Y es que volar quisiera su loco corazón
por los altos tapiales de la blanca prisión.

En su alma enjaulada hay locas alegrías
que turban al convento su místico letargo,
Mientras las monjas rezan, ella cuenta los días
que la quedan aún para vestir de largo,
Y al ver a las monjitas su toca immaculada
sueña ella con el velo blanco de desposada.

Yo sé a la hora que tienen recreo en el jardín
y paseo la calle para escuchar su risa;
los domingos distingo su voz, en el latín
que con fervor murmuran cuando cantan la misa;
cuando el órgano vierte soñolientas escalas
la veo desfilan entre las colegialas.

¡Qué tortura tan grande esta del alma mía
oír su clara risa, y no poderla hablar!
Mi corazón quisiera romper la celosía,
y juntas nuestras manos rezar ante el altar.
Terminada la misa retorna la añoranza
del que tiene su vida puesta en una esperanza.

Quiero ser hombre pronto; quiero tener mi casa;
trocar en realidades todas mis ambiciones,
que este amor, que esta hoguera, sea sólo una brasa
que viva eternamente en nuestros corazones,
haciendo nuestra vida, eterna primavera,
de nuestras realidades una bella quimera.

¡Qué alegre me será el trabajo junto a ella!
 Frente de mí sentada bordará sus labores;
 al descansar haremos evocación de aquella
 mañana en que la dije mis soñados amores
 y hablando del convento, del jardín, de la misa,
 un beso ha de callar de sus labios la risa.

.....

Revolviendo papeles, encontré estas cuartillas
 escritas con el fuego de aquellos pocos años.
 ¿Cuándo fué? ¡Quién lo sabe!... Hoy están amarillas:
 de un tiempo muy lejano traen perfumes extraños.
 Sólo sé que hace mucho... Mas, caminando lento,
 aún rondo por la calle de aquel triste convento...

JOSÉ MARÍA VELA.

Manuel del Palacio

(Continuación.)

Por entonces quedó constituida la famosa *Cuerda granadina*, en que figuraron unos cuantos hombres cultos y alegres, como Alarcón, Pablo Notbeck, Ronconi, Mariano Vázquez, Moreno Nieto, Castro y Serrano, Salvador de Salvador, Manuel del Palacio, etc. Los socios de la *Cuerda* lo mismo organizaban funciones de arte y poesía, que alborotaban con sus diabluras las calles de la ciudad o realizaban una excursión, ginetes en lucidos asnos, a los cármenes granadinos. «Todos—escribe Manuel del Palacio—constituyeron los famosos *nudos* de la cuerda granadina; nombre que aceptaron por cariño y gratitud al suelo que fué manantial de sus inspiraciones y teatro de sus aventuras y glorias, pues algunos, acaso los más, no habían visto la luz en Granada. Fernández y González era sevillano; Notbeck ruso, Moreno Nieto extremeño, Dutel francés, Sorokin polaco, Pérez Cossío cartagenero, Ronconi veneciano, yo catalán, y cada uno hijo de su padre y de su madre, como suele decirse vulgarmente.»

También nos dice Palacio el origen del nombre *Cuerda granadina*, asignado a tan simpático grupo. Tenía éste sus reuniones en casa de Mariano Vázquez, músico de mérito excepcionalísimo, que bien pronto había de revelarle en la corte; y en aquella especie de academia no sólo se escuchaban con religioso silencio las melodías de Schubert, las sonatas de Bethoven, las óperas de Mozart y Glíck, la música sagrada de Palestina y Palacios, sino que se gozaban las primicias de cualquier obra pictórica o literaria a que los artistas granadinos dieran remate. «Siguiendo la costumbre—escribe Palacio—de ir juntos a todas partes donde tocaran a divertirse, ocho o diez de los nuestros

fuimos al teatro una noche en que se estrenaba, si no recuerdo mal, un drama de Gómez Matute, no sé si *El Cuadrillero* o *Pedro Ponce*, pero que el público esperaba con interés, pues verdaderamente tenían un encanto singular las producciones de aquel escribano que sabía sacar, de entre el polvo de los protocolos y la prosa de los legajos, caracteres llenos de pasión y de verdad, y pensamientos como este que basta para retratar a un personaje:

Tan desdichado nací
y fué tan negra mi suerte
por donde quiera que fuf,
que ando buscando la muerte
y huye la muerte de mí.

«Era grande la concurrencia y estrecho el callejón de las butacas, y al penetrar por él lo hicimos en fila y agarrados de la ropa como si temiéramos perdernos. Entonces de uno de los palcos plateas ocupados por señoras, salió una voz que, dominando los rumores de la sala, exclamó:

—¡Ahí va la cuerda!

«Corrieron estas palabras de boca en boca, y quedó bautizada nuestra agrupación».

Cada uno de los individuos o *nudos* de la cuerda tomó un mote, basado en circunstancias diversas. A Ronconi, cuya fortuna era pingüe, le llamaron *Ropones*, apodo de un borrachó muy popular; a Moreno Nieto, *el Maestrico*, por su vasto saber; a Fernández y González, que tenía bien acreditada su inspiración, *el Poetilla*; a Pérez Cossío, *el doctor Malatesta*, por haber hecho este papel en una comedia de Enriqueta Lozano; a Fernández Jiménez, *Ibón*, por titularse así uno de sus dramas, y así por este estilo todos los demás. A Manuel del Palacio le adjudicaron el de *Fenómeno*. ¿Por qué razón? Por un don singularísimo con que le había favorecido la naturaleza, que sirvió, hábilmente utilizado, para eximirle del servicio militar, y que consistía en leer a cualquier distancia, colocado el escrito en cualquier posición, y del mismo modo en una habitación casi a oscuras que en pleno medio día, y después de contemplar el sol cara a cara durante unos minutos ¹.

«Una vez conocida y propagada—agrega Palacio—la personalidad

¹ Los individuos de la *cuerda* fueron: Pablo Notbeck (Brique) José Vázquez (Sidonia), José Moreno Nieto (El Maestrico), José J. Soler (El Abate), Juan Arrambide (Maese Juan El Espadero), José Caselles (Tecla), Manuel Moreno González (Bizot), José Esteban (El Archivero), Eduardo Sorokin (Qué importa), Julio Dutel (Agosto), José González Bande (El Pintaor), Jorge Ronconi (Ropones), Mariano Vázquez (Puerta), José Fernández Jiménez (Ibón), José de Castro y Serrano (Novedades), Pedro Antonio de Alarcón (Alcofre), José Salvador de Salvador (La Palisade), Juan Facundo Riaño (London), Manuel Fernández y González (El Poetilla), Rafael Contreras (Majoma), Francisco Rodríguez Murciano (Mallipieri), Antonio de la Cruz (El Nevero), Antonio Marín (Gavía), Gaspar Méndez (Ocasión), Leandro Pérez Cossío (el Doctor Malatesta), Eduardo García Guerra (Barcas), Pablo Jiménez Torres (Velones), Miguel de Pineda (Vilchez) y alguno más.

de la *Cuerda*, no tardó ésta en ensanchar su esfera de acción y convertirse en elemento indispensable en todo y para todo. La cuerda representaba en el Liceo, discutía o improvisaba en la Academia de Ciencias y Literatura, abastecía el Teatro, dominaba en el periodismo, y desde los documentos oficiales hasta las *carocas* del Corpus, todo era obra de nuestra pluma o producto de nuestra actividad. Y aparte de estos trabajos que pudiéramos llamar serios, ¡qué de bromas agudas o picantes, qué de expediciones artísticas, de festines babilónicos, de espectáculos no vistos ni previstos! Ya era una serenata a nuestras novias, precedida por quince o veinte mozos de cordel que llevaban cuatro pianos en los que los maestros ejecutaban piezas selectas en medio de la calle; ya alegres y animados coros con letra de nuestro agrado; ya marchas triunfales como la organizada una noche a la salida del teatro en honor de un artista a quien llevamos a cenar a la Alhambra, a la luz de las antorchas, metido en la desvencijada litera de *La pata de cabra* y escoltado por todos nosotros, ginetes en sendos burros y ostentando en la diestra estandartes y lanzones de guardarrópia».

Cuando Ronconi, el famoso cantante, se estableció en Granada, su singular atractivo y posición independiente le erigieron de hecho en jefe de la *Cuerda*, y en su carmen de Buenavista, vecino a la Alhambra, tuvo aquélla su principal centro de reunión. No dejaron por eso los alegres cofrades de frecuentar la casita de Mariano Vázquez, en la calle de Recogidas, ni la fonda de San Francisco en la Alhambra, que el vicepresidente de la *Cuerda*, Pablo el Ruso, llegó a habitar solo, después de unas fiestas reales que duraron cinco o seis días con sus noches ¹.

Manuel del Palacio recuerda varias veces con cariño a sus compañeros de la cuerda: al susodicho Pablo Notbetck, pródigo y generoso en sus caprichos; a Ronconi, en quien el genio artístico corría parejas con la bondad ²; a Fernández y González, cuyas genialidades

¹ A más de los interesantes artículos de *Páginas sueltas*, insertos en *El Imparcial*, Manuel del Palacio publicó en *La Ilustración Española y Americana*, 30 Enero 1890 uno no menos curioso, titulado: *Jorge Ronconi y la Cuerda Granadina*.

También en su libro *Doce reales de prosa* incluyó un artículo titulado *Un príncipe artista y un artista príncipe*, referente a la visita de Adalberto de Baviera a la *Cuerda granadina*.

² En el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* de 1900, publicó Manuel del Palacio un artículo titulado *Hojas de un álbum*, referente al que por entonces formó en Granada. En la primera página figuraban las siguientes líneas, firmadas por Pedro A. de Alarcón:

«Querido Manuel: Escribe aquí lo que se te antoje y lo creeré mío, porque tú eres yo y yo soy tú; y nuestra vida y nuestras ideas son las mismas, y una sola firma basta para representar nuestros pensamientos, nuestros compromisos, nuestro pasado nuestro porvenir, nuestras opiniones, nuestro dinero, nuestro crédito y nuestros puños».

Ronconi decía lo siguiente:

«Mío caro Manuele: non ti maritari, non essere soldato; non pensare al avvenire, perchè son tre cose da morire. — *Giorgio Ronconi*. 1856».

podrían llenar muchos pliegos ²; a todos los demás, en fin, que fueron sus compinches de armas y fatigas. Rafael Contreras dirigía el periódico *La Constitución*; Alarcón trasladaba de Cádiz a Granada *El Eco de Occidente*; coleccionaba Soler sus *Tradiciones granadinas*; daba principio Castro y Serrano a su inconclusa novela *La casa de los deseos*; llevaba el propio Palacio la dirección de *El Granadino*, y todos ellos, en fin, rendían culto, al arte y a la belleza. En cierta ocasión llamó el prelado de la diócesis a Palacio, para que rectificara una noticia publicada en *El Granadino* sobre la sustracción de varias alhajas en la catedral, y el periodista se presentó, como a la sazón era uso corriente, luciendo su capa torera y su calañés.

Cuando las circunstancias obligaron a aquellos hombres a tomar diferente rumbo, la *Cuerda granadina* se disolvió. Alarcón, Fernández y González, Castro y Serrano, Riaño, Moreno Nieto, Pérez Cossío, Mariano Vázquez y Manuel del Palacio se trasladaron a la Corte, y, precedidos ya de cierta reputación, bien pronto consiguieron brillar en las letras, en las artes, en el periodismo, en la cátedra, en el parlamento.

NARCISO ALONSO CORTÉS

Y Fernández y González estampaba su firma bajo estas dos redondillas:

«Es el amor en la vida
del hombre una enfermedad;
la mujer, fatalidad
que le sigue fementida;
abismo donde se anega,
sirena que le fascina,
sér fatal que le domina
y al que insensato se entrega».

² ¿Quién no conoce anécdotas de Fernández y González? Véase alguna:

Hallábase en el cuarto del actor D. Manuel Catalina, cuando entró un crítico que había hablado duramente de una de sus obras. Fernández y González se levantó de su asiento, y, mientras hacía un pitillo, se aproximó al crítico y, mirándole de arriba a bajo, le dijo con voz cavernosa:—¡Átomol

Habiéndole también censurado D. Manuel de la Revilla, un día gritaba en el salóncillo del teatro Español:

—¡Es un imbécil!

—Poco a poco—le dijo uno de sus amigos.—Revilla es un buen crítico; tiene talento y juzga con suma exactitud. De usted mismo dice que es una gloria nacional.

—No; si no tiene pelo de tonto ese Revilleja...—repuso Fernández y González.

Hallándose en Madrid el cómico italiano Cola, cuya vanidad rebasaba también los límites ordinarios, Sánchez de León le presentó a Fernández y González.—D. Manuel—dijo cierto día, encontrando a éste en la calle:—tengo el gusto de presentar a V. al galán joven italiano Sr. Cola.

Y luego, dirigiéndose a Cola:

—El Sr. Fernández y González, autor del *Men Rodríguez de Sanabria*, del *Cid*, de la oda a *Lepanto*...

—No se canse V.—Interrumpió Fernández y González.—¡Si sabe quién soy!.. ¡Si en Italia me conocen a mí más que en España!.. ¿No es verdad, *Colilla*?

No se acabaría nunca de referir anécdotas relativas a Fernández y González.

Crónicas catalanas

La vida política

El movimiento político de Cataluña ha convergido en esos últimos meses en la actuación de los parlamentarios catalanes en las Cortes.

La nación toda ha seguido con palpitante interés las distintas fases de esa actuación. Primero en la discusión de los proyectos de hacienda del Sr. Alba— ese político que tuvo un gesto de gallardía y honradez política a que no nos tenían acostumbrados nuestros funestos hombres de Estado, discusión laboriosa, pero sincera, puesta la vista en el deseo de un engrandecimiento verdad. Luego la lucha por la aprobación de la gran Ley de protección a las industrias, verdadera fuente de riquezas que ha de engrandecer y propulsar las manufacturas nacionales, creando verdaderos veneros de riqueza pública y abriendo horizontes al prestigio de nuestras industrias y de nuestro comercio.

Los actos de propaganda nacionalista verificados en Valencia y Bilbao, tuvieron extraordinaria resonancia, quedando patentizado que en ambos pueblos, el valenciano y el vasco, vive perenne el ideal de patria y el espíritu de la raza que no quiere dejarse avasallar por el absorbente centralismo y por la vergonzosa política de unos hombres que no ven más ideal que una España muy unida, pero muy pobre; ni comprenden más grandeza, ni más renovación, ni más resurgimiento que la conservación de esas inmensidades de terreno dedicadas a la cría de reses bravas y al cultivo de unos cuantos olivos cuidados por el esclavo aparcerero.

Prepárase la lucha para las próximas elecciones de diputados provinciales. Los diversos partidos políticos acrecientan sus esfuerzos para hacer un verdadero recuento de votos; todo hace creer que la campaña será dura y empeñada.

Sobre esas luchas, sobre las peroraciones mitinescas, sobre toda la baraúnda de esos días de ansia anteriores a las elecciones, flota como un hálito de sinceridad y de justicia, y es que en Cataluña, las luchas electorales son ante todo sinceras y honda y profundamente civiles y cultas. El saneamiento del sufragio nos ha llevado precisamente a tener la idea elevada y justa que de la actuación política debe tenerse y que constituye la más formidable fuerza del partido nacionalista catalán.

* * *

Un libro del poeta López Picó

«Cants i Allegories» titúlase este nuevo libro de López Picó. En él, a nuestro entender, llega el poeta a la suprema perfección de su arte.

López Picó es ya conocido de los lectores de REVISTA CASTELLANA. Hace pocos meses, en estas mismas páginas, un gran poeta de Casti-

lla, Zacarías Ylera, se ocupó con notabilísimo acierto de la producción de este inspiradísimo poeta catalán.

López Picó figura en esa pléyade de jóvenes poetas y escritores, creadores de una escuela que está trabajando ardorosa y sanamente por purificar y enaltecer el criterio de nuestra literatura y aun de la vida espiritual toda de Cataluña.

José María López Picó es un poeta exquisito, maestro en la precisión y gusto de las imágenes y diestrísimo en la galanura de su decir.

En su nuevo libro hay composiciones aromadas de profundo sentimiento y llenas de calor y de vida en sus mágicas estrofas.

Al azar transcribimos para que saboree el lector.

ABANS DE L' AMOR

Espera de l'amor: ets variable
com un dia d' abril
que riu i plora i es esquerp i amable
i vanitós i humil.

I com la nit d' abril, que les estrelles
escampa un buf del vent,
així el desig t' escampará com elles,
espera resplendent.

Dice en el «Cant a la ciutat», una de las más bellas composiciones del libro:

Dolça ciutat: jo m' he nodrit de tu,
i encara dels mens llavis regalima
la teva vida, que el nou cant no dun,
llet com la mel que om nodrirá la rima.

Com en el pit matern que li és coixi
s' adorm l'infant quan Benestant reposa,
en el ten pit jo m'oblidava ahir
i fou el cant com un respir de rosa.

Ara em desvetllo i rependré el men cant;
i alçant l' esguart,—ta llum en ma parpella,—
per començar, vull dir-te, com l' infant
mirant la mare i somrient:—Que és bella!

Canta el poeta la ciutat magistralmente, por que él vive y siente al unísono de su ritmo y con razón se le ha llamado «su poeta».

«Cants i Al·legories» viene a posar sobre la frente de López Picó un nuevo laurel.

* * *

De Arte: Exposiciones

Es extraordinario el número de exposiciones verificadas en Barcelona en la presente temporada; mencionaremos ligeramente las más notables.

En las «Galerías Layetanas» expuso una nutrida colección de sus obras el pintor alicantino, Octavio Bianqui.

En una ocasión en que hablamos de este artista significábamos nuestra admiración por su arte, sobrio y sincero, y con un marcadísimo sello de casticismo nacional.

Bianqui supo ver el alma de nuestro suelo, y en todas sus telas campea algo del espíritu de la raza. Su pintura es seria y serena, sin desprestigiar los modernos procedimientos que emplea noblemente.

Sobresalían entre las obras expuestas los paisajes «Pedralbes», «Arquitectura luminosa», verdadero alarde de maestría de colorido, «Rincón de luz», «Música clásica», de un acierto extraordinario, acaso una de las obras de mayor mérito entre las que presentaba, y finalmente «Música de Albéniz» y un retrato tratado en forma que acredita al artista, haciéndole maestro en ese género.

Enrique Galwey, el gran paisajista, expuso en el propio salón. Su obra es bien conocida y suficientemente estimada para detenernos en ella.

En las mismas galerías celebróse la exposición de artistas vascos. Figuraban entre ellos Darío de Regoyos, los hermanos Zubiaurre, los hermanos Arrie, Gustavo de Maeztu, Juan de Echevarría, fuerte, vigoroso y digno de mención en su hermoso cuadro «Gitana», Iturrino, interesantísimo en su original procedimiento, Antonio de Gueza y otros.

En el «Salón Parés» han expuesto Larraga, Santiago Rusiñol, Francisco Casanovas y la «Sociedad Artística y Literaria» con buen número de conocidos artistas.

En «Casa Dalmau» admiramos una interesante composición de Mme. Sormaise Perillard, y finalmente en el «Salón Goya» Joaquín Terruella ha expuesto gran número de obras, aciertos en las notas de color, entre las que sobresalen los asuntos de toros y unas marinas tratadas con un vigor que hace esperar un verdadero dominio de su arte en ese joven pintor.

* * *

Un nuevo drama de Guimerá

«Jesús que torna» lleva por título la nueva obra del insigne autor de «Terra Baixa», recientemente estrenada en Barcelona.

La ansiedad con que se aguardaba su estreno era extraordinaria, ya que al propósito de su título echáronse a volar leyendas y fantasías.

Nataniel, el ídolo del pueblo, predica por la tierra la paz y la hermandad; síguenle las multitudes y le veneran como a un nuevo Cristo. Así llega a una nación encendida en cruel guerra por la ambición de su rey, y en ella trata de volver al buen sentido al descarriado pueblo, lo cual consigue después de la fatal nueva de un desastre. Pero cuando las armas se abaten dando sólo espacio al dolor, de nuevo vuelven a encenderse las pasiones y la chispa trágica ilumina otra vez la fratricida contienda, *Nataniel*, el apóstol, es víctima de ella y al morir exclama: «Yo volveré, volveré siempre...»

En toda la obra ha dejado el maestro el rastro de su genio prodigioso. El segundo acto, el mejor, es riquísimo de lenguaje y emoción. La obra obtuvo un éxito inmenso y el nombre del gran Guimerá fué entusiastamente aclamado.

La falta de espacio nos impide ocuparnos más detenidamente de este acontecimiento artístico.

LLUIS G. MANEGAT

Barcelona-Marzo-1917.

Registro bibliográfico

Literaturas y Literatos, segunda serie, por el P. Constancio Eguía Ruiz.—Tenemos el convencimiento de que el P. Eguía es uno de los más ilustres críticos modernos, y así lo vemos confirmado en cada libro nuevo suyo que aparece. Profundamente versado en literaturas antiguas y modernas; dotado de un espíritu crítico que, desdiciendo las apariencias, va derechamente al fondo de las obras analizadas; conocedor perfecto de nuestro idioma, que modela en un estilo suelto y gallardo, reúne, claro es, las más excelentes condiciones para el cultivo de la crítica.

Bajo el título *Literaturas y Literatos* el P. Eguía colecciona sus artículos, y el tomo que ahora se ha publicado es continuación dignísima de la primera serie, de que ya con elogio hablamos en la REVISTA CASTELLANA. El lector puede ver en este volumen un estudio sobre el P. Coloma, maravilla de observación y de análisis; puede saborear otro acerca de *Mistral y la poesía regionalista*, como no se había escrito hasta ahora en castellano sobre el autor de *Mireya*; otros, en fin, sobre *El diletantismo de Lamaitre*, *Una ojeada al teatro francés (antes de la guerra europea)*, *El divorcio en el teatro*, *Las literaturas y la guerra* y varios más en que compiten la oportunísima elección del tema y la maestría en el desarrollo.

Para bien de las letras, esperemos el tercer volumen de *Literaturas y Literatos*. Ya que tan escasos andemos de críticos, trabajen a lo menos quienes, como el P. Eguía, lo son en tan alto grado.

* * *

La Spagna nella vita italiana durante la rinascenza, por *Benedetto Croce*.—Quien desee conocer aquella pintoresca sociedad de españoles que se agitó, inquieta y tumultuosa, en la Italia del Renacimiento, lea el admirable libro del ilustre polígrafo Benedetto Croce, cuyo título encabeza estas líneas. La corte napolitana de Alfonso de Aragón y de Fernando, con su cohorte de poetas bohemios; la Roma del siglo XVI, con su misterioso fondo de aventuras y galanteos y en que se movían personajes como Juan del Encina y Torres Naharro; la influencia en Italia de nuestra lengua y nuestras costumbres, que llevaron a aquellos lugares la cortesanía y el espíritu militar; la decadencia, en fin, de nuestro poderío, y, como consecuencia, de tales usos, un poco contrarios a los italianos... Todo eso, en la forma más amena posible, podrá ver el curioso lector en el mencionado libro del señor Croce.

* * *

La Emperatriz del mundo, por *Aurelio Báig Baños*.—Rodríguez Marín, documentador Cervantino, por íd.—D. Aurelio Báig Baños, colaborador distinguidísimo de la REVISTA CASTELLANA, goza de autoridad preminente entre los que cultivan en España los estudios cervan-

ticos. Las varias y notables obras que ha publicado acerca del Príncipe de los Ingenios, le han creado merecidamente esta reputación.

En *La Emperatriz del mundo* realiza el Sr. Báig un estudio de singular delicadeza y exquisita percepción. *La Emperatriz del mundo* es Dulcinea. «Dulcinea del Toboso—escribe bellamente el Sr. Báig—era una figura incorpórea, intangible, naturalmente, pues nunca Don Quijote de la Mancha la verá tal como se la representa de poética manera; Dulcinea del Toboso era una emperatriz sin corona real, sin manto de púrpura, sin dosel regio, sin trono de oro y sin escaño de plata, aunque él socarrón de Sancho Panza, conoedor del Toboso, fingiera más de cuatro veces creer a pies juntillas que cuanto su amo decía respecto a tan ilustre prosapia fuera verdad; Dulcinea, en fin, era lo que nadie podrá descifrar bien, y para cuya interpretación he de atenerme, más que a las páginas imortales de la obra de Cervantes, al propio estado de idealismo en que, cuando nos corresponde el turno, nos aproximamos con la miel en los labios, con la alegría en los ojos, con el entusiasmo en nuestra mente, a la que el destino ha colocado en el vergel de nuestros ensueños para endulzamiento de nuestros afanes en esta vida.»

El libro *Rodríguez Marín, documentador cervantino*, es, sin género alguno de duda, lo más completo y exacto que se ha escrito respecto a las fuentes biográficas de Cervantes. En él aparecen registrados todos cuantos documentos se han descubierto desde el siglo XVIII relativos a Cervantes, y con los cuales se ha ido poco a poco aclarando la vida del inmortal escritor meritaíno. Cuatrocientos diez documentos están incluidos en esta meritisíma relación, y tal importancia tiene el trabajo, que todo el que haya de escribir sobre la vida de Cervantes, si quiere ahorrarse tiempo y fatiga, ha de acudir necesariamente al libro del Sr. Báig Baños.

Aparece en éste consignada, y tal es su principal objeto, la admirable y copiosísima labor que Rodríguez Marín ha aportado a la biografía de Cervantes, y que bastaría por sí sola para calificar de benemérito de las letras al insigne Director de la Biblioteca Nacional, si ya por otros mil conceptos no lo fuera.

* * *

El secreto de Cervantes, por *J. Ruiz Castillo*.—La inexplicable resonancia que por un momento tuvieron las raras teorías de D. Antonio Rivero, y que cesó en cuanto se impuso el sentido común, hizo que los cervantistas, requeridos por la opinión, informaran en el asunto. El informe, como no podía menos, fué unánime.

Un notable literato y periodista, D. J. Ruiz Castillo, ha tenido el buen acuerdo de coleccionar en un libro los artículos y cartas que los citados cervantistas publicaron con tal motivo. Como estos trabajos estaban dispersos en periódicos varios, y su lectura, por tanto, se hacía difícil, ha sido felicísima la idea del Sr. Ruiz Castillo, que de este modo evidenciará cómo ni un solo momento pudo prevalecer entre las personas de sano criterio la descabellada hipótesis del *secreto de Cervantes*.

Notas

La abundancia de original nos obliga a suprimir en este número la sección *El mes en Castilla*. Mucho lo sentimos, por haber ocurrido acontecimientos de verdadera importancia cultural.

En Valladolid se celebró con éxito brillante el centenario de Zorrilla. El día 21, por la mañana, las comisiones visitaron la tumba del poeta, en el panteón de vallisoletanos ilustres; por la tarde se celebró en el Museo una interesante velada, dispuesta por la Real Academia

de Bellas Artes. El día 22 se hicieron solemnes funerales en la iglesia de San Martín, donde fué bautizado el poeta, y en ellos pronunció una admirable oración fúnebre el insigne valisoletano D. Manuel de Castro, obispo de Jaca. A continuación se descubrió la lápida colocada en la capilla bautismal, y los concurrentes, en número crecidísimo, se trasladaron a la casa donde nació Zorrilla, de la cual se posesionó el Ayuntamiento. Por la tarde se verificó una procesión cívica, realmente grandiosa, ante la estatua del poeta, cuyo basamento quedó cubierto de flores y coronas. Después, en el teatro de Lope de Vega, se celebró la función organizada por el Ateneo. Tomaron parte los Sres. Allué (en nombre del Ateneo), Alonso Cortés (en el de la Academia Española), Jacinto Benavente (en el de la Sociedad de Autores Españoles), Royo Villanova (en el del Gobierno de S. M.), Taladriz, Ylera y Regino Martínez. Por último, cerró las funciones de homenaje al poeta la que los alumnos del Instituto le dedicaron el día 25.

Han continuado las conferencias organizadas por el Ateneo, pronunciándolas de mérito subidísimo D. Ramón del Valle Inclán (*Tres modos estéticos*), D. Ramón de Solano y Polanco (*Los caminos de la poesía*), D. Andrés Avelino de Armenteras (*La idea de Patria*), Don Tomás de Elorrieta (*Qué será el Estado después de la guerra*) y Don Fernando Iscar-Peyra (*Literatura regional salmantina*).

En la Extensión Universitaria han dado conferencias por todo extremo notables D. Nicolás de la Fuente Arrimadas (*La movilización de la ciencia*) y D. Federico Santander (*El derecho de guerra*), a más de continuarse las que en nuestro anterior número dijimos comenzadas.

* * *

El *Boletín del Centro Artístico de Granada* ha publicado, con motivo del centenario de Zorrilla, un número dedicado a la memoria del poeta.

Tanto por los trabajos literarios que contiene, suscritos por meritisimos escritores, como por sus magníficos grabados y el lujo de su presentación, el número es sumamente notable.

* * *

En el último número de la *Revista Contemporánea* de Cartagena (Colombia), que acaba de llegar a nuestras manos, leemos con íntima complacencia un artículo titulado *El porvenir de la raza española*, suscrito por Gabriel Porras Troconis, director ilustre de aquella revista.

Es un artículo noble, digno, hondamente sentido y lleno de amor a la raza.

Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

- Manuel Calero: *La política mejicana*.—Madrid, 1916.
 Mariano D. Berrueta: *Salamanca*.—Salamanca, 1916.
 A. Monteverdi: *Tre «Commedie famose» di D. Pedro Calderón*.—Roma, 1916.
 Cervantes: *Novelas ejemplares*.—Edición de la Real Academia Hispano-Americana.—Cádiz, 1916.
 Ramón de Solano: *Romancero de Cervantes*.—Madrid, 1916.
 Gabriel María Vergara: *Divisiones tradicionales del territorio español*.—Madrid, 1917.
 Fidelino de Figueiredo: *Estudos de Litteratura*.—Lisboa, 1917.
 José Félix Fonseca: *Hojas errantes*.—Trujillo (Venezuela), 1916.
 Eduardo de Salterain Herrera: *Los Comentarios*.—Montevideo, 1917.